

*La “Compañía de tudescos
de la guarda de la Persona Real de Castilla”
en el contexto de la Casa Real
de los monarcas Austrias hispanos (1519-1702)*

José Eloy Hortal Muñoz¹

La existencia de cuerpos de guarda encargados de custodiar a soberanos y personas de elevada dignidad se remonta hasta las incipientes formas de organización política de la antigüedad. Sin embargo, solo se ha estudiado su evolución con precisión desde la Baja Edad Media, momento en que muchos reyes estuvieron guardados por grupos no definidos de caballeros que buscaban que el soberano pudiera adquirir cierta independencia frente a los nobles al basarse en la lealtad personal entre señor (monarca) y hombre (guardas)², aunque la inestabilidad de estos reinados hizo que dichos intentos fueran efímeros.

Los primeros cuerpos de guarda permanentes no aparecerían hasta el siglo XV, siendo una de sus características principales la presencia de numerosos “extranjeros” entre sus filas debido, según Kiernan³, al cambio de estructura de la sociedad y a la creación de los nuevos ejércitos. Sin duda, los soberanos del momento eran conscientes de que no convenía poner armas en manos de los siervos por miedo a una posible revuelta; de este modo, debieron buscar el apoyo de cuerpos que únicamente le debieran fidelidad a ellos a través de un juramento y de las pagas, práctica que Maquiavelo condenaría posteriormente. El ejemplo

¹ Esta contribución ha sido posible gracias a la ayuda proveniente del proyecto “Solo Madrid es Corte...”, dirigido por J. Martínez Millán y con número de referencia S2007/HUM-0425 de la Comunidad Autónoma de Madrid.

² P. MANSEL: *Pillars of monarchy. An outline of the political and social history of royal guards 1400-1984*, Londres 1984, p. 1.

³ V. G. KIERNAN: “Foreign Mercenaries and Absolute Monarchy”, *Past and Present* 11 (1957), pp. 66-86.

más conocido de guardas “extranjeros” sería el de los suizos, que se mostraron ideales para ejercer dicha tarea por su buena preparación militar y, en ocasiones, el exceso de población que sufrían. El emperador Maximiliano I trató de conseguir con sus vecinos de Suabia la misma unión que había logrado Francia con los suizos, pero su intento no llegó a cuajar pues su fama como buenos soldados no fue tan relevante y, además, acabarían sirviendo a todo tipo de señores con el nombre de *Lansgeneques*.

Las primeras unidades permanentes aparecieron en la corte más evolucionada del momento, como era la de Borgoña ⁴. Aunque se desconoce la fecha exacta de creación de sus *Archiers de Corps*, algunos indicios apuntan a que tuvo lugar durante la soberanía del duque Juan (1404-1419) ⁵. Su antecesor, Felipe el Valiente (1363-1404), había dispuesto de una compañía de *gens d'armes*, pero el duque Juan decidió rodearse de 24 archeros como guarda de Corps, número que variaría posteriormente.

Décadas después, los duques de Borgoña dispondrían de una guarda de alabarderos u *hommes d'armes*, de la cual también desconocemos la fecha de creación pero cuya primera referencia data de 1473, cuando Carlos “el Temerario”, dentro de un proceso general de incremento en el número de guardas, tenía una unidad compuesta por 126 hombres formando cuatro escuadrones de 30 hombres con un *chef d'escadre* al frente y gobernada por un capitán y dos tenientes, junto al mismo número de archeros que estaban subordinados a esos *hommes d'armes* ⁶. Su labor estaría a mitad de camino entre guarda palatino-personal y tropa de élite en batalla.

⁴ Sobre la evolución de la guarda de los duques de Borgoña, H. COOLS: “The Burgundian-Habsburg Court as a Military Institution from Charles the Bold to Philip II” en S. GUNN y A. JANSE: *The Court as a Stage. England and the Low Countries in the later middle ages*, Londres 2006, pp. 156-168 y la pequeña referencia de C. BRUSTEN en su artículo “L’Armée bourguignonne de 1465 à 1477”, *Revue Internationale d’histoire militaire* 20 (1959), p. 461.

⁵ AGR, Tribunaux Auliques, Reg. 11, s. f. Según E. LECUPPRE-DESJARDIN, en su *La ville des cérémonies: essai sur la communication politique dans les anciens Pays-Bas bourguignons*, París 2004, p. 107, estas ya existían en la entrada del duque Juan en Douai el 25 de junio de 1405, pues recibieron un sueldo de la ciudad al completar las milicias urbanas.

⁶ Parte de las ordenanzas de dicha guarda en L. VAN LERBERGHE y J. RONSSE (eds.): “Ordonnance concernant la Garde de Charles le Téméraire”, *Audenaerdsche Mengelingen* 2 (1846), pp. 82-93.

Estos *hommes d’armes* portaban alabarda, arma asociada a los usos militares del Imperio y de Suiza, para diferenciarles de los archeros que, como primera unidad de guarda, llevaban cuchilla o archa que era el arma típica de Borgoña⁷. En función de la influencia que ejerciera cada modelo en las diversas cortes europeas del momento, los cuerpos de guarda de esos lugares portarían un arma u otra. Las unidades con alabarda, e integradas por soldados tudescos, más destacadas fueron los *Trabants* típicos del este del Rin y Norte de Europa; palabra que, por otro lado, derivaba de la conjunción de la alemana *traben* o trotar, de la checa *drab* o soldado de a pie y de la persa/turca *dêrbân* o guardia de la puerta⁸. Encontramos *Trabants*, aunque con nombre diverso según cada lugar, en la guarda imperial, en Brandemburgo, Sajonia, Baviera, Dinamarca, Suecia, Polonia e incluso en Lorena y la Toscana.

El número de integrantes de la unidad de alabarderos borgoñona iría menguando paulatinamente hasta el acceso de Felipe el Hermoso al poder, que racionalizó los efectivos al hacerles servir todo el año en lugar de por semestres (*à demi an*) como lo hacían anteriormente. Cuando este archiduque dispuso su viaje junto a su esposa Juana a la Península ibérica para jurar como herederos de Castilla y Aragón tras la muerte del príncipe Juan en 1502, lo hizo acompañado únicamente por su unidad de archeros de Corps mientras los alabarderos permanecieron en Flandes ocupándose del servicio del archiduque Carlos y de sus hermanos hasta que sus padres retornaron a los Países Bajos. La situación se modificaría durante la segunda Jornada a Castilla de 1506, ya que en esta ocasión sí marchó con los soberanos una guarda de alabarderos que nos describe el cronista Lorenzo Padilla⁹.

Tras fallecer Felipe I, los componentes de ambas unidades retornaron a Flandes, donde se pusieron al servicio de Margarita de Austria en Malinas, que había sido enviada por Maximiliano I para ocupar la regencia en su lugar. Esta situación se prolongaría hasta que en algún momento anterior a 1515 se decidió suprimir la unidad de alabarderos, o destinarla a la guarda y custodia de Margarita de Austria, ya que en la Ordenanza de la Casa del futuro Carlos V del 25

⁷ B.-F.-A. DE LA TOUR CHATILLON DE ZUR: *Histoire militaire des Suisses au service de la France, avec les pièces justificatives*, París 1752, III, p. 380.

⁸ P. MANSEL: *Pillars of monarchy...*, *op. cit.*, p. 2.

⁹ L. PADILLA: *Crónica de Felipe I llamado el hermoso*, en CODOIN VIII, p. 135. El capitán de la misma era un tal Claudio de Butan.

de octubre de 1515¹⁰ se representaba la existencia de una única unidad de guarda, compuesta por 50 archeros más 10 extraordinarios. El grueso de esta unidad acompañaría en 1517 al archiduque Carlos en su viaje a la Península ibérica para hacerse cargo de su herencia.

*LA INCORPORACIÓN DE LA GUARDA TUDESCA A LA CASA REAL
DE LOS MONARCAS AUSTRIAS HISPANOS: SUS FUNCIONES PRIMIGENIAS*

El conocimiento de los orígenes de la guarda alemana o tudescas de los monarcas Austrias hispanos es sumamente complicado, ya que no hemos encontrado publicaciones específicas y los documentos conservados son escasos. Los pocos autores que tratan el tema sitúan su entrada al servicio de Carlos V tras la elección imperial de 1519¹¹, lo cual resulta lógico pues ligaría la nueva dignidad al carácter tudesco de la unidad. Sin embargo, el cronista Lorenzo Vital, en su descripción del primer viaje de Carlos a Castilla en 1517, ya hace mención de esta guarda en la entrada en Valladolid el 18 de noviembre, pudiendo haberse creado la misma expresamente para dicha Jornada¹².

El caso es que en los primeros momentos del reinado de Carlos se incorporó a su Casa Real de Borgoña una unidad de 100 alabarderos tudescos comandados por un capitán y otra serie de mandos intermedios, que respondían al orden militar tudesco del que iba a disfrutar la unidad durante toda su historia, y a la cual

¹⁰ Publicada en español, junto a sus componentes, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, Madrid 2000, V, pp. 137-168. En lo referente a los archeros, pp. 160-161.

¹¹ D. DE SOTO Y AGUILAR: *Tratado sobre las Guardas Españolas amarilla, vieja y a caballo desde Fernando el Católico hasta Felipe IV*, s. d. (hacia 1663), BNE, Ms. 2047, fol. 22r; S. M^a DE SOTO (conde de Clonard): *Memorias para la historia de las tropas de la Casa Real de España; subdividida en seis épocas*, Madrid 1828, p. 78; A. DE CARLOS: "Guardias palacianas y escoltas reales. Desde la antigüedad hasta los Borbones", *Reales Sitios* 55 (1978), p. 36 y J. M^a BUENO CARRERA: *Guardias reales de España: desde los Reyes Católicos hasta Juan Carlos I*, Madrid 1989, p. 9.

¹² L. VITAL: "Relación del primer viaje de Carlos V a España" en J. GARCÍA MERCADAL: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Salamanca 1999, pp. 667-668:

"Y alrededor de él marchaban cien gentileshombres alemanes, todos a pie, con la alabarda sobre el hombro, vestidos con trajes amarillos, blancos y rojos, que por todos los lados rodeábanle de tal modo que no se le podían aproximar (...). Ítem, los cien alabarderos, gentileshombres alemanes, iban detrás del rey en el lado derecho..."

se mencionaría frecuentemente como la guarda blanca, ya que este color junto con el amarillo eran los de su atuendo, a los que luego se añadió el carmesí por las armas de Castilla y Borgoña¹³. Sin embargo, su verdadero nombre sería el de “Compañía de tudescos de la guarda de la persona real de Castilla”.

Esta unidad fue la última en incorporarse al conjunto de guarda de la Monarquía, quedando desde ese mismo momento fijado definitivamente el modelo que imperaría en ella hasta la llegada de los Borbones. Este hablaba de la existencia de una Guarda Real en su conjunto compuesta por tres partes: la guarda de archeros de Corps, la española, formada a su vez por la guarda amarilla, la vieja (aunque esta sección no apareció hasta comienzos de la década de los 30) y la de a caballo, y la guarda alemana o tudesca. Los monteros de Espinosa también se incluyeron dentro de esa Guarda Real pero con unas características propias que la diferenciaron de la evolución de las otras tres.

Por supuesto, el proceso vital de esta sección de la Casa transcurriría ligado a la evolución general del resto del servicio del emperador, que se basaba en la existencia de forma separada, pero con relaciones recíprocas, de espacios cortesanos propios de cada estado dinástico aunque con preponderancia del ceremonial borgoñón. Las guardas representan como ninguna otra sección de la Casa este hecho, pues coexistirían un cuerpo flamenco junto a otro alemán, otro español y uno propiamente castellano.

Una vez configurado el modelo, quedaba por dilucidar qué funciones debía cumplir cada uno de los diferentes cuerpos. Así, la guarda tudesca se iba a encargar de cumplir principalmente tres durante estos primeros años.

La primera de ellas era, por supuesto, la de ocuparse de la **defensa e integridad de la persona real**, aunque en este caso la unidad tudesca, y junto a ella la guarda española a la que iba unida en el servir, en el camino y en la asistencia¹⁴, tuvo la obligación también de servir a otros miembros de la familia real como reinas, príncipes¹⁵—exceptuando las guardas de Felipe II siendo aún

¹³ S. M^a DE SOTO (conde de Clonard): *Memorias para la historia de las tropas...*, *op. cit.*, p. 83 y J. M^a BUENO CARRERA: *Guardias reales de España...*, *op. cit.*, p. 9.

¹⁴ Según exponía D. DE SOTO Y AGUILAR: *Tratado sobre las Guardas Españolas...*, *op. cit.*, fol. 22r.

¹⁵ Especialmente activa fue su participación en el encierro del príncipe don Carlos en 1568, como podemos ver en la instrucción de 2 de marzo (L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Historia de Felipe II, Rey de España*, ed. de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales, Valladolid 1998, I, pp. 405-411).

heredero o el regimiento de Baltasar Carlos—, infantes¹⁶, archiduques que se encontraban formándose en Madrid o regentes¹⁷, excepción hecha del príncipe Filiberto que dispuso de su propia unidad de alabarderos¹⁸ y del Cardenal Infante, el primer y único infante que la tuvo¹⁹. Además, ambas unidades debían acompañar a los visitantes extranjeros de la corte de alta alcurnia como príncipes²⁰, embajadores²¹, cardenales²² u otros notables²³.

¹⁶ Como sucedió cuando un contingente de 14 guardas tudescos más un cabo de escuadra acompañaron a la infanta María en su Jornada para desposarse con Fernando II de Hungría, desde mediados de 1630 hasta 1631 (AGP, Histórica, caja 175, carpeta de 1631).

¹⁷ Así sucedería con Cisneros que “por razon de su estado tuvo que admitir guardia de alabarderos, que mandaba el capitan Gonzalo de Ayora” (V. DE LA FUENTE: *Historia eclesiástica de España*, Madrid 1874, V, p. 132).

¹⁸ Conocemos algunos personajes que sirvieron en dicha guarda, como el tudesco Claudio Romele que ingresó en la misma después de permanecer durante 12 años en el ejército de Flandes. Al poco enfermó y se quedó en Barcelona, pidiendo en julio de 1617 un entretenimiento para poder retornar a los Países Bajos, presentando una fe del capitán de la guarda de Filiberto, Francisco de Córdoba, remitiéndoselo al archiduque Alberto (AGS, Estado, leg. 1775, s. f.).

¹⁹ Encontramos referencia a su creación en A. DE ALMANSA Y MENDOZA: *Carta duodécima*, s. l., s. i. (es del 15 de agosto de 1623), publicada en J. SIMÓN DÍAZ (ed.): *Relaciones breves de actos públicos celebrados en Madrid de 1541 a 1650*, Madrid 1982, p. 261:

“Y a don Fernando de la Cerca, hermano de la Princesa de Asculi, (le hizo merced el rey) del cargo de Capitán de la guarda del señor Infante Cardenal, con que se acrescerá a su Alteza un increíble, y bien excusado gasto, y será el primer Infante de Castilla, que aya tenido guarda particular”.

²⁰ Así sucedería con el príncipe de Gales en 1623, que tras ser recibido y acompañado al Alcázar y a su cuarto “al punto se plantó el cuerpo de guarda, de las dos naciones, Española y Tudesca, para servirle de allí adelante como sirven a las personas Reales” (ANÓNIMO: *Relación de lo sucedido en esta Corte, sobre la venida del Príncipe de Inglaterra: desde 16 de Março de 623 hasta la Pasqua de Resurrección*, Valencia 1623, publicado en J. SIMÓN DÍAZ (ed.): *Relaciones breves de actos públicos...*, op. cit., p. 208).

²¹ Como relata el embajador de Persia en sus *Relaciones* (ed. de Narciso Alonso Cortés, Madrid 1946), p. 246:

“Nos llevaron cinco coches, en que venimos hasta Valladolid, y en ella nos recibieron muchos caballeros cortesanos, y nos trujeron a una muy buena casa, que estaba apercebida para nuestro aposento, muy bien colgada y aderezada con muy ricas camas y tapicerías de telas y terciopelos de colores; y en ella nos servían criados de su Majestad, y teníamos parte de la guarda tudesca y española”.

En este punto conviene resaltar que por la tradición borgoñona que seguían los cuerpos de guarda de la Monarquía, fuera de la corte de los reyes Austrias hispanos únicamente habría unidad de archeros de Corps en Flandes por ser el origen de la dinastía y de la propia unidad que servía al monarca. Por esta razón, en el resto de territorios habría unidades de alabarderos, que podían ser tudescos o no dependiendo de las tradiciones del lugar, como en los virreinos americanos y en los de la Península ibérica, en Nápoles, Milán, Filipinas, Portugal... o en el propio Flandes unidos a los archeros.

Durante sus años de reinado, Carlos V realizó constantes viajes a lo largo de sus territorios y por las guerras europeas y africanas, aunque únicamente la guarda de Corps acompañó en todas y cada una de las ocasiones al soberano, haciéndolo la guarda tudésca y la española en contadas ocasiones como la Jornada de Túnez en 1535. Debido a ello, quedaba claro para los diversos súbditos del emperador que la primera guarda era la de Corps y los alabarderos tudescos e hispanos quedaban en un segundo plano. Este acompañamiento conllevaba que la unidad tuviera que estar presente en el campo de batalla ²⁴ cuando su señor lo estuviera, pero la ocupación militar del cuerpo no fue, ni mucho menos, primordial.

Con posterioridad, esta función fue perdiendo relevancia debido, fundamentalmente, a tres motivos. El primero fue el notable descenso del elevado número de esas Jornadas tras la decisión de Felipe II de instalar la corte definitivamente

²² Podemos comprobarlo en el besamanos del cardenal de Córdoba y Aragón (D. DE SOTO Y AGUILAR: *Tratado sobre las Guardas Españolas...*, *op. cit.*, fol. 150r-v):

“En 6 del mes de junio deste año de 1650 lunes segundo día de Pascua del espíritu santo, yendo por la tarde a besar las manos de su Majestad el eminentísimo señor don Antonio Filah de Córdoba y Aragón, cardenal de la santa iglesia de Roma habiendo dado orden para que fuese la guardia que se acostumbra ir a palacio en tales ocasiones se hizo instancia para no ir porque no se acordaban haber entrado cardenal a besar las manos”.

²³ Especialmente relevante fue la custodia de María de Borbón, princesa de Carignano, y de la duquesa de Mantua en Carabanchel, realizada por 8 soldados alemanes al cargo del cabo Juan Jorge Bitig junto a varios guardas españoles desde 1641 (AGP, Histórica, caja 181).

²⁴ La guarda tudésca debía: “Marchando el Rey con ejército formado será su puesto en la batalla donde fuera la persona y el guión, tomando el costado izquierdo” como consta en las *Constituciones de la compañía de tudescos de la Guarda de la persona Real de Castilla* (*Ibidem*, caja 49/2, fol. 73. También hay copia en la caja 175).

en Madrid. En segundo lugar, la presencia en los campos de batalla de los monarcas después de la de Felipe II en San Quintín en 1557 fue casi testimonial –aunque los guardas pudieron acudir a las mismas a título particular– y solo Felipe IV durante las guerras en Cataluña en la década de 1640 estuvo cerca de uno de ellos. Por último, aunque hubo varios planes para atentar contra Felipe II y alguno de sus sucesores²⁵, el carácter disuasorio de las guardas y el alejamiento ceremonial del monarca de sus súbditos, impidieron que las intentonas estuvieran tan cerca de prosperar como las que tuvieron lugar durante el reinado de los Reyes Católicos. Todo ello provocó que la función de cuidado de la persona real, en principio inherente a todos los cuerpos de guarda, se convirtiera durante el resto de la centuria y gran parte de la siguiente en secundaria frente a otras nuevas que la guarda tudesca pasó a ejercer.

La segunda de ellas sería su **participación en el complejo entramado que suponía la aparición pública del monarca**, tanto dentro como fuera del entorno cortesano. Aunque la sección de la Casa que más se ocupaba de la apostura exterior del Príncipe y de su imagen en el espacio público era la caballeriza, la guarda real ocupaba un lugar privilegiado en estas apariciones que, por otro lado, eran fundamentales para la imagen real porque la mayor parte de las Etiquetas y ceremonias en las que intervenía eran invisibles a los ojos de los vasallos. Así, cuando el monarca salía fuera de Palacio cabía la posibilidad de contemplarle en toda su apostura y majestad mientras representaba la imagen que se quería dar de manifestación de su riqueza, la sacralización de su figura y la distancia que le separaba de sus vasallos. Esta *mise en scène* en las diferentes ceremonias públicas como jura de herederos, procesiones, recepción de embajadores..., ponía de manifiesto el esplendor de la corte y, sobre todo, el poder del Príncipe. Esta función fue adquiriendo una gran significación durante la Edad Moderna en todas las monarquías y, como no podía ser menos, también en la más poderosa del mundo, que se rendiría de nuevo al influjo borgoñón.

²⁵ G. PARKER en su *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid 1998 (traducción del original en inglés de Yale, *The world is not enough. The grand strategy of Philip II*), p. 55, n. 9, señala la existencia de siete intentos de asesinato contra el “Rey Prudente”: el primero de dos flamencos en 1567, el segundo de un veneciano en 1568, el tercero de W. Cecil en 1569, el cuarto de tres franceses en 1571, el quinto en un atentado en Lisboa en 1581, el sexto de otro francés en marzo de 1583 y el séptimo de una mujer portuguesa en 1586. Posteriormente, Felipe IV también sufriría algún conato de atentado. Resulta sorprendente como los guardas en sus numerosos memoriales y crónicas no hacen mención a ninguna de estas tentativas.

La etiqueta de dicha Casa, considerada la más refinada de Europa, tendría sus primeros contactos con la Casa Real hispana tras los dos viajes de Felipe el Hermoso a Castilla de 1502-1503 y 1506 y el del príncipe don Carlos de 1517 a 1520. Poco a poco se acabaría imponiendo en los usos diarios y extraordinarios de la corte hispana²⁶, aunque la facción cortesana que apoyaba su aplicación tuvo que mantener una dura pugna con aquellos que defendían el más austero ceremonial castellano y la consolidación plena de dicho ceremonial no llegaría hasta 1548²⁷.

Para conocer los usos que contemplaba la etiqueta de Borgoña respecto a sus unidades de guarda de alabarderos y de archeros, disponemos de los apuntes que Felipe I dio a ambas ante el Bureo de su Casa el 1 de febrero del año 1500 en Gante²⁸. En dicho texto, además de fijar el número de componentes de cada unidad y algunas competencias jurisdiccionales, se determinaba el ceremonial diario que debían cumplir las guardas. Así, todas las mañanas tanto los archeros como los alabarderos debían presentarse en Palacio antes de que se levantara el soberano para esperarle en una sala propuesta por alguno de los mayordomos hasta que abandonara sus aposentos. Una vez el archiduque salía de la habitación, se dirigía a la capilla junto a una procesión de cortesanos cuyo orden de marcha se estipulaba perfectamente; los alabarderos debían formar dos filas en el corredor, por donde pasaría el soberano y la procesión, mientras que los archeros cerrarían la marcha justo detrás del archiduque, ratificando su condición de guarda de Corps. Las dos unidades no abandonarían el recinto palacial hasta que su soberano comenzara a comer, acompañando en ese momento a los capitanes fuera de palacio si no había otra orden de los mayordomos. Por la noche debían retornar para hacer guarda ordinaria delante de la cámara del príncipe y ponerse a las órdenes del *Grand et premier chambellan* o primer camarero.

²⁶ Sobre este proceso, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El control de las normas cortesanas y la elaboración de la pragmática de cortesías (1586)”, *Edad de Oro* XVIII (1999), pp. 108-110.

²⁷ C. J. DE CARLOS MORALES: “La evolución de la Casa de Borgoña y su hispanización”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V...*, op. cit., II, pp. 67-77.

²⁸ Estos se encuentran, junto a un rool de los archeros y de los alabarderos de ese momento, traducidos al castellano, aunque con algunas lagunas en el texto, en AGR, Audience, Reg. 22, fols. 133r-135v y en francés en el mismo registro en fols. 122v-124v. R. DOMÍNGUEZ CASAS la comenta en su *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos: artistas, residencias, jardines y bosques*, Madrid 1993, p. 612, y aunque los documentos aparecen fechados en 1499, Domínguez Casas defiende que eran del año posterior.

Como podemos observar, la unidad de Corps era la más importante en el ceremonial y, por tanto, en la Etiqueta, ya que su condición de guarda de la persona del soberano le daba la mayor cercanía al mismo, premisa que determinaba la relevancia de cada cuerpo dentro de la Casa Real. Sin embargo, para refrendar dicha condición en la Monarquía Hispana tuvo que enfrentarse con otros cuerpos de guarda, lucha que, por otra parte, podemos inscribir en el marco de la pugna que estaban manteniendo las dos formas de concebir las apariciones públicas del monarca ²⁹. Poco a poco, la unidad fue imponiendo su supremacía mientras las guardas española y alemana, ambas de alabarderos, quedaron relegadas a compartir espacios secundarios en las apariciones del príncipe. Los monteros de Espinosa, por su parte, y debido a su peculiar idiosincrasia, apenas tuvieron intervención en este proceso.

Triunfadora de esta pugna, la guarda de Corps ocuparía una posición preeminente en la comitiva real, la de la retaguardia y marchando en forma de media luna, mientras que la española y la alemana se colocarían a derecha e izquierda respectivamente ³⁰, trocando la situación con respecto al soberano a la vuelta ³¹.

²⁹ Sobre estas pugnas, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La articulación de la Monarquía hispana: Auge y ocaso de la casa real de Castilla” en F. EDELMAYER, M. FUCHS, G. HEILINGSETZER, P. RAUSCHER: *Plus ultra. Die Welt der Neuzeit. Festschrift für Alfred Kohler zum 65. Geburtstag*, Münster 2007, pp. 407-452.

³⁰ Así consta, entre otros testimonios, en la descripción del entierro de Felipe II que aparece en D. DE SOTO Y AGUILAR: *Tratado sobre las Guardas Españolas...*, *op. cit.*, fol. 39r-v.

“Iba descubierto luego su Majestad llevándole en medio las guardias española y alemana desde el estribo adelante la española por la mano derecha y la alemana por la izquierda, calzas y ropilla de paño negro, los archeros a caballo con sus casacas de paño negro sobre las armas, morriones negros y los penachos también iban por ambas partes desde los estribos o ancas del caballo atrás en forma de media luna, llevando en medio los gentileshombres de la Cámara y consejeros de estado”.

³¹ Como podemos observar en las Etiquetas de 1651 donde para la guarda española dice:

“Siempre que esta compañía salga de el cuerpo de guarda acompañando a su majestad, o quando bayan los soldados por el cubierto de la vianda, han de llevar la mano derecha, porque no degen las armas de las manos volverán las caras y sin trocar lugares, de manera que a la vuelta traigan la mano izquierda, y porque en las fiestas públicas de la plaza, en sentándose su majestad, toman la mano derecha para salir a despejar, entrando su majestad por la plaza le recibirán a la mano izquierda, que es conforme lo que se a acostumbrado hacer hasta ahora” (publicada en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI [dirs.]: *La monarquía de Felipe II: la Casa del rey*, Madrid 2005, II, p. 888).

Por supuesto, la ocupación de uno u otro lado no era una cuestión baladí, pues por motivos religiosos era más prestigiosa la parte derecha o diestra de un séquito, lugar reservado al hijo de Dios, que la izquierda o siniestra³². El progresivo apoderamiento de la unidad española del lado derecho haría que esta acabara convirtiéndose en la segunda guarda dentro de la Etiqueta, quedando por tanto el tercer lugar para nuestra guarda tudesca. Además, cuando había prevista mucha presencia de público, la guarda de Corps se situaría siempre en torno al soberano mientras la española y la tudesca se encargaban de despejar el lugar y de abrir camino.

Aunque las unidades de alabarderos no se mostraron muy de acuerdo con esta disposición, tuvieron que acatarla y pugnar entre ellas por una mejor situación cuando la guarda de Corps no estaba presente, aunque haciendo frente común contra ella cuando veían algún resquicio.

Así sucedería en 1561, cuando pretendieron discutir la hegemonía de los archeros en la colocación durante la custodia nocturna³³. En concreto, la contienda se suscitó el viernes 7 de noviembre y los archeros argumentaron que desde Augusta en 1550, y al igual que en las salidas de Palacio, su jergón se debía poner en el centro y frente a la puerta de la saleta, mientras que los guardas españoles y alemanes se debían colocar en los laterales. Desde entonces, los enfrentamientos habían sido resueltos de común acuerdo por los tres capitanes, de forma diferente según fuera la disposición de la puerta pero siempre a favor de los archeros.

Por el contrario, los guardas españoles y alemanes recordaban que tensiones surgidas en 1550 y 1555 habían concluido con el reparto de ambos lados de la entrada, uno para los archeros y otro para las otras dos guardas, que se habría observado hasta ese momento en que los archeros impidieron a los alabarderos situarse al lado de la puerta. De esta disputa salió nuevamente triunfadora la guarda de Corps que, además, dispondría de la llave durante las noches cuando estuviera presente su capitán, teniéndola indistintamente el de la española o el de la tudesca durante su ausencia. El mismo resultado tendría en 1580 el intento del capitán de la española Rodrigo Manuel de modificar la

³² J. DUINDAM: *Viena and Versailles. The Courts of Europe's Dynastic Rivals, 1550-1780*, Cambridge 2003 (existe traducción al español de J. L. Arantegui: *Viena y Versalles. Las cortes de los rivales dinásticos europeos entre 1550 y 1780*, Madrid 2009), p. 182.

³³ AGP, Histórica, caja 171.

ubicación de las guardas durante las salidas públicas del rey hacia la Capilla Real ³⁴.

La fecha en que se produjo este último y sonado incidente no fue, ni mucho menos, casual, pues la década de los 80 resultó de crucial importancia para la gestación del ceremonial de las apariciones públicas de los monarcas hispanos. A raíz de poner en práctica diversos usos del coche se produjo el distanciamiento y la sacralización del rey, acentuando el alejamiento de su persona que estaba provocando el proceso de institucionalización en el que se encontraba inmersa la Monarquía durante esos años ³⁵.

En efecto, la aparición del coche de forma plena en el ceremonial cortesano permitió una graduación de las distancias con respecto al rey, eliminar el acompañamiento del vehículo y el ocultamiento real gracias a las cortinas. De igual modo, el control exhaustivo del acceso de coches y caballos a palacio favoreció ese alejamiento, que Felipe II completó con su retiro a lugares remotos como el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Este ocultamiento real influiría lógicamente en las diversas artes y tendría su reflejo incluso en los retratos oficiales ³⁶.

En dicho proceso tendrían gran importancia las guardas tudesca y española, aunque debieran asumir su condición secundaria en la etiqueta, y como tal actuarían durante las numerosas ceremonias en que el monarca salía en público ³⁷. Las etiquetas generales de 1651 no harían sino reforzar lo anteriormente reseñado y confirmar el papel de cada guarda en las diferentes ceremonias ³⁸. Dicha

³⁴ Asunto que relatamos en nuestro artículo, “La nobleza hispana en el servicio palatino de los monarcas de la Casa de Austria: los capitanes de la guardia española” en M. RIVERO RODRÍGUEZ (dir.): *Nobleza Hispana, Nobleza Cristiana: La Orden de San Juan*, Madrid 2009, pp. 421-422.

³⁵ Ya habló sobre ello C. A. MARSDEN en su “Entrées et fêtes espagnoles au XVI^e siècle” en J. JACQUOT (ed.): *Fêtes et cérémonies au temps de Charles Quint*, París 1960, p. 411. Sin embargo, no se ha tratado en profundidad hasta A. LÓPEZ ÁLVAREZ: *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700*, Madrid 2007, especialmente pp. 75-76.

³⁶ F. CHECA CREMADES: “Monarchic Liturgies and the ‘Hidden King’: The Function and Meaning of Spanish Royal Portraiture in the Sixteenth and Seventeenth Centuries” en A. ELLENUS (ed.): *Iconography, Propaganda and Legitimation*, Oxford 1998, pp. 89-104.

³⁷ Y a las que hacemos referencia en nuestro artículo citado previamente, “La nobleza hispana en el servicio palatino de los monarcas...”, pp. 423-425.

³⁸ Publicadas en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La monarquía de Felipe II: la Casa del rey...*, op. cit., II, pp. 835-999.

tendencia continuaría hasta el final de la dinastía de los Austrias en España, aunque la pérdida de lustre de todas las compañías de guarda fue restando paulatinamente esplendor a las apariciones públicas del monarca y esta función dejó prácticamente de tener razón de ser durante el siglo XVII.

Por último, la guarda tudesca debía servir como **espacio integrador de las élites territoriales imperiales en la Casa Real**.

Durante el reinado de Carlos V, que supo utilizar como ningún otro sus Casas Reales para agrupar en torno suyo a los personajes más relevantes de los múltiples territorios de los cuales era soberano, algunos servidores imperiales se pudieron integrar en el séquito de un monarca del que, por otro lado, eran súbditos³⁹. Dentro de esos espacios de integración podemos situar la guarda tudesca aunque, por desgracia, desconocemos en gran medida el nombre y condición de los integrantes de la unidad durante este reinado si exceptuamos algunos capitanes y tenientes y el sonado caso de Sebastian Xertel⁴⁰, el cual nos indica que no todos los alabarderos eran de noble condición.

Sin embargo, tras la muerte del emperador la presencia de tudescos en las Casas Reales pasó a convertirse en testimonial ya que tanto Felipe II, con la excepción de algunos gentilhombres de la boca como el conde Wolf de Hizembourg o Jehan de Polviller procedentes del servicio su padre, como sus sucesores prefirieron conceder pensiones, encomiendas, puestos en el ejército o el Toisón de Oro a aquellos nobles del Imperio que les ayudaran en sus propósitos en

³⁹ Para el nombre de esos personajes, J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V...*, *op. cit.*, IV.

⁴⁰ Alabardero del emperador en los primeros tiempos de la guarda, tras el *Sacco* de Roma pasó a ser tabernero y, posteriormente, preboste de justicia de los alemanes de Carlos V en la guerra de Landrecies, gracias a lo cual se enriqueció y pasó a ser uno de los principales ciudadanos de Augusta. Eso le supuso su elección por los ciudadanos de dicha ciudad como capitán, pasando a combatir al propio emperador. Su fama fue duradera pues el propio Quevedo hablaba de él como “Sebastian Gertel, General en Alemania contra el Emperador, tras hauer sido alabardero suyo, tabernero en Roma y borracho en todas partes” (F. DE QUEVEDO Y VILLEGAS: *Sueño del Infierno*, 1608, ed. Madrid 1993, s. p.). Ya en 1552 Diego Núñez Alba en sus vidas del soldado dijo de él “que assenti por alabardero del Emperador y a subido a tanto, que era capitan de Agusta y tenia debaxo de su gouierno toda la gente de las tierras francas” (D. NÚÑEZ DE ALBA: *Vidas del soldado*, Madrid 1552 –versión de los Bibliófilos Españoles de 1890–, p. 65). También le citaría Alonso de Santa Cruz.

lugar de integrarlos en su servicio personal o en el de sus familiares ⁴¹. Como ejemplo baste que los séquitos de personas reales provenientes del Imperio, caso de las reinas Ana de Austria o Margarita de Austria-Estiria o los archiduques Rodolfo, Ernesto, Alberto o Wenceslao, se reformaban a su llegada a Madrid y pocos de sus integrantes conservaban su oficio. Entre estas honrosas excepciones podemos destacar a la familia Dietrichstein, de la que tres de sus integrantes, Hipólita, María y Ana, fueron dueñas de honor de la reina Ana y de las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, y otra, Beatriz de Dietrichstein y Cardona, fue dama de la infanta Isabel Clara Eugenia ⁴², y algunos ejemplos en cargos menores como Christophe Felibran, mozo de cocina de la reina Ana y de las infantas desde el 1 de julio de 1573 hasta el 6 de octubre de 1584 ⁴³; Jorge Alemán, mozo de los pajes de los archiduques Alberto y Wenceslao desde el 1 de marzo de 1573 hasta el último tercio de ese año ⁴⁴, y algunos de los criados que retornaron con la emperatriz María desde el Imperio a Castilla en 1581 ⁴⁵.

Debido a este proceso, la única sección de la Casa Real que encontraron los personajes provenientes del Imperio para integrarse en el servicio de los Austrias reinantes tras Carlos V fue la guarda tudesca, que sin duda constituyó uno de los grupos de naturales del Imperio más importantes que se localizó tanto en las Casas Reales como en la corte de la Monarquía hispana durante las últimas décadas del siglo XVI y todo el siglo XVII, aunque no ya como integradora de las élites sino como representante de la nación tudesca en Madrid.

⁴¹ Para las relaciones de Felipe II con sus clientes en el Imperio, F. EDELMAYER: “La red clientelar de Felipe II en el Sacro Imperio Romano Germánico”, *Torre de los Lujanes* 33 (abril 1997), pp. 129-142 y del mismo autor, *Söldner und Pensionäre: das Netzwerk Philipps II im Heiligen Römischen Reich*, Viena-Munich 2002.

⁴² F. EDELMAYER: “Honor y dinero. Adam de Dietrichstein al servicio de la Casa de Austria”, *Studia Histórica. Historia Moderna* 11 (1993) pp. 89-116, especialmente 108 y 112.

⁴³ AGP, Personal, Expedientes, caja 148/3.

⁴⁴ AGS, CMC, 1ª época, leg. 1024, s. f.

⁴⁵ Para los componentes de la Casa de la emperatriz María, J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La monarquía de Felipe II: la Casa del rey...*, op. cit., II, pp. 699-704.

*LA PÉRDIDA DE LA FUNCIÓN INTEGRADORA DE LAS ÉLITES
Y LA ASUNCIÓN DE UNA NUEVA: REPRESENTACIÓN DE LA NACIÓN TUDESCA
EN LA CORTE DE LA MONARQUÍA HISPANA*

Desde la década de los 80 del siglo XVI, los diversos grupos nacionales estaban creando nuevas formas de dejar patente su presencia en la corte y las ordenanzas urbanísticas de Madrid de 1590 fueron el punto de partida de la fisonomía de la ciudad como “archivo de naciones”, tal y como la describió el propio Lope de Vega, y fiel reflejo de la Monarquía como territorio. Las diferentes nacionalidades buscaron la posibilidad de tener algún sitio de reunión y de encuentro con gente de su misma procedencia, algo que fue también fomentado por la propia corte, y a raíz de estas inquietudes surgieron hospitales como el de san Pedro de los Italianos (1598), san Andrés de los Flamencos (1605), san Antonio de los Portugueses (1606), san Luis de los Franceses (1615), el Hospital Real de Nuestra Señora de Montserrat de los Aragoneses (1617) o el Hospital y Colegio de los Irlandeses (1629), así como diferentes cofradías. Entre ellas nos encontramos a la de la guarda tudescas, creada a imagen y semejanza de la de sus homólogos de la guarda española, la de Nuestra Señora del Remedio y la Encarnación, y de la guarda de Corps, con la cofradía de san Andrés, o como se venía haciendo en la Casa Real con la Real Hermandad de Criados de S. M.

Desconocemos la fecha exacta de fundación de la cofradía, que se instituyó bajo la advocación de san Jorge, pero esta se sitúa entre octubre de 1606, momento en que el testamento del guarda Melchor Faistgais no hace mención alguna de ella ⁴⁶, y septiembre de 1608, en que los gajes del fallecido Reinhardt Hermann se concedían a la misma ⁴⁷. Su fundación vino a ocupar un vacío, ya que los naturales del Imperio no gozaban de espacio propio en la corte madrileña, ni iglesia ni hospital, algo que solo fue modificado cuando san Antonio de los Portugueses pasó a ser de los Alemanes en 1689 tras la pérdida de Portugal por parte de la Monarquía. Por lo tanto, la cofradía ofrecería a los guardas tudescos la posibilidad de estrechar los lazos entre sí y de sentirse arropados en los momentos de dificultad.

Los ingresos de la misma, como sucedía con otras agrupaciones análogas, provenían de los propios gajes de los guardas. En concreto, se pidió al monarca

⁴⁶ Dicho testamento, con fecha del 25 de octubre de 1606, en AHPM, Protocolo 2103, fols. 164v-167v.

⁴⁷ AGP, Reg. 5734.

que los sueldos de las vacantes de los alabarderos que abandonaban la guarda o morían se concedieran a la cofradía hasta que dicha plaza se volviera a proveer. Aunque la cédula que institucionalizaba esta actuación no se promulgó hasta el 2 de diciembre de 1616 ⁴⁸, ya se venía ejecutando desde finales de 1608, siendo el primer caso el del ya mencionado Reinhardt Hermann en septiembre y pasando los meses de octubre, noviembre y diciembre del mismo año a la cofradía. Con posterioridad, cada vez fue más frecuente este uso y se fue completando con otros ingresos como cuotas mensuales, multas a los cofrades y bienes de difuntos sin herederos directos, así como donaciones de los propios guardas u otros naturales del Imperio residentes en la corte. Sin embargo, en muchas ocasiones los guardas eran remisos a abonar sus cuotas y solo se acordaban de la cofradía cuando esta les era necesaria ⁴⁹.

Los servicios que prestaba la cofradía de san Jorge se basaban en ayudar a sus miembros en ocasiones difíciles como momentos de enfermedad que les impidieran ejercer su oficio, ayuda a los entierros y viudas así como la concesión de préstamos con un ventajoso interés. Para administrar los gastos e ingresos de la agrupación se nombraron una serie de diputados mayores y de mayordomos que, en ocasiones, se aprovecharon de su posición para completar su sueldo y malversar los fondos de la cofradía. Es el caso de Salvador Gaiguer, del que se descubrió tras abandonar la mayordomía que había gastado más de lo que se había ingresado y los diputados mayores tuvieron que abonar una fianza para cubrir dicho desfase, por lo que desde el primer tercio de 1620 se le fueron

⁴⁸ J. ROUSSET DE MISSY: *Supplément au Corps Universel Diplomatique du droit des gens, V: Le cérémonial diplomatique des cours de l'Europe, ou collection des actes, mémoires et relations*, Amsterdam-La Haya 1739, p. 274. En concreto, el tenor de dicha cédula rezaba lo siguiente:

“Los sueldos de las vacantes, que huviere de soldados, desde que se muriese o despidiere hasta que se recibiere otro en su plaza, se ha de aplicar para la cofradía de la dicha guarda y para que en esto haya la quenta y razón que conviene, se han de declarar en la lista que hace el capitán, las vacantes que huviere y por muerte, de que soldados, para que los roles se ponga con la misma destinción y al tiempo de la paga, se entreguen lo que montaren las cantidades a la persona o personas, en cuyo poder huviere de entrar el dinero de la dicha cofradía, para se emplee, distribuya y beneficie como más convenga”.

⁴⁹ Así sucede con Francisco Montenegro en cuyo testamento, con fecha del 10 de marzo de 1619 (AHPM, Protocolo 2377, fols. 135r-136v), dejó constancia de que quería que le acompañara la hermandad de san Jorge en su entierro, pese a que aún les debía una cierta cantidad. Además, al no tener hacienda, pedía que la cofradía pagara las misas por su alma.

quitando parte de sus gajes a Gaiguer con el objeto de devolver esas fianzas ⁵⁰. Otros diputados como Andrés Buque, sin embargo, realizaron su trabajo con corrección y la cofradía corrió con los gastos de su entierro sin problemas ⁵¹.

Junto con su cofradía, la propia guarda alemana se acabó convirtiendo en uno de los principales representantes de su comunidad nacional en la corte desde finales del reinado de Felipe II, ya que su sola existencia garantizaba la presencia constante en la misma de un importante número de miembros de esta nación, como podemos ver en la siguiente tabla:

⁵⁰ AGP, Reg. 5735.

⁵¹ Archivo parroquial de San Ginés (Madrid), Libros de defunciones, Libro 3, fol. 29r. En la partida consta como el cabo de escuadra de la guarda Hendrik Denstedt, diputado de la cofradía, pagó el entierro.

Tabla I
*Evolución del número de integrantes de la Guarda tudesca*⁵²

Oficio ⁵³	Año	1519	1543	1584	1605	1623 hasta final unidad
Capitán		1	1	1	1	1
Teniente		1	1	1	1	1
Sargento		1	1	1	1	1
Alférez		1	1	1	1	1
Furrier		1	1	1	1	1
Cabos escuadra		0	8	8	8	8
Capellán		1	1	1	1	1
Escribano		1	1	1	1	1
Alabarderos		100 ⁵⁴	92	89	89	89
Reservados		0	0	0	12	12
Supernumerarios con gajes		0	0	0	0	2
Tambores		2 ⁵⁵	2	2	2	2
Pífanos		2 ⁵⁶	2	2	2	2

⁵² Elaboración propia. Datos tomados de los documentos señalados en el apartado de fuentes utilizadas para realizar el estudio social de los componentes de la guarda. No se incluyen los supernumerarios sin gajes, al ser un número variable y a voluntad de los diversos capitanes.

⁵³ Además de los oficios reseñados existían otros como el de médico, que solía ser un castellano médico de familia de la Casa Real, espadero, aposentadores o escuderos. Algunos de estos oficios eran compatibles con el de alabardero de la guarda.

⁵⁴ 44 tenían plaza aventajada, como en el resto de fechas de la tabla.

⁵⁵ Uno de ellos tenía plaza aventajada, como en resto de fechas de la tabla.

⁵⁶ *Ídem.*

El conocimiento de los miembros de la guarda a través de un estudio social de los mismos puede ayudarnos a profundizar sobre la manera en que se integraron los tudescos, no solo en el servicio a las personas reales, sino en la vida de la corte de la Monarquía así como la interrelación que entre ellos existía ⁵⁷.

Como es de suponer, la dificultad que entraña la realización de este estudio prosopográfico es grande, debido a la escasez de fuentes que completen los roolos de la guarda en los que únicamente aparece indicada la fecha de entrada y salida de los miembros de la misma, así como el cargo, junto a pequeños datos relativos al servicio como licencias, cesión de sus gajes... ⁵⁸. Sin embargo, una exhaustiva labor de búsqueda nos ha llevado a encontrar fuentes complementarias que nos han ayudado a conocer datos biográficos adicionales de muchos miembros de la guarda tudésca, en especial desde los últimos años de reinado de Felipe II en adelante. En concreto, estas fuentes son los memoriales que dirigieron algunos guardas para pedir merced al Bureo de la Casa Real ⁵⁹, a la Cámara ⁶⁰, o a la Secretaría de Estado para el Norte ⁶¹, el registro de mercedes concedidas por vía de

⁵⁷ Reseñar que los nombres de miembros de la guarda que utilizamos en el artículo están “castellanizados” en la mayoría de los casos, pues los secretarios de la unidad fueron hispanos desde 1575 y es por todos sabido las dificultades que tuvieron para reproducir fielmente los nombres tudescos de sus compañeros. Igualmente reseñar que, para evitar ser prolijos, no damos la referencia documental exacta de cada ejemplo de guarda que indicamos en nota y que se puede consultar en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La monarquía de Felipe II: la Casa del rey...*, *op. cit.*, II, para aquellos guardas que sirvieron en época de Felipe II, o J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a A. VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, II, para los de época de Felipe III.

⁵⁸ Estos roolos se encuentran en AGP, Regs. 5733 (1557-1596), 5734 (1597-1619), 5735 (1620-1657) y 5736 (1657 hasta el final de la existencia de la guarda).

⁵⁹ Conservados en AGP, Histórica, cajas 173 (memoriales de personajes de la A-E), 174 (F-O) y 175 (P-Z).

⁶⁰ En la vasta sección de Cámara de Castilla en el AGS. Debido a la imposibilidad material de consultar la totalidad de la ingente documentación contenida en esta sección, únicamente hemos realizado algunas catas en la misma.

⁶¹ Para los últimos años de Felipe II estos memoriales se encuentran en AHN, Estado, Libros 251 y 253 (muchas de las minutas de estas cartas y despachos se encuentran en AGS, Estado, entre el legajo 2218, que comienza en 1585, y el 2224, que llega a 1598). El primero abarca desde el 7 de agosto de 1587 hasta marzo de 1593, mientras el segundo comprende desde 1593 a 1599. Las cartas y despachos estaban dirigidas a los gobernadores, y también a Esteban de Ibarra durante su estancia en Flandes. Desde el año 1600, estos memoriales se encuentran en AGS, Estado, legs. 1743-68 y 1769-75, siendo estos últimos los vistos y mal respondidos.

la iglesia ⁶², los libros de bautismos, matrimonios y defunciones de la parroquia de San Ginés ⁶³, los testamentos e inventarios de bienes de algunos de ellos conservados en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid y las licencias de aposento solicitadas ⁶⁴.

Una vez recopilados y trabajados los datos tomados de estas fuentes, para realizar un análisis de la extracción social de los integrantes de la guarda es necesario separarlos según el oficio que desempeñaban en la misma y observar su evolución a lo largo del decurso vital de la unidad.

Por supuesto, los de una mayor condición social serían los capitanes, que no debían ser obligatoriamente tudescos aunque durante el siglo XVI se procuró respetar ese origen ⁶⁵. Desconocemos el nombre de algunos de ellos durante el reinado de Carlos V y de los dos que tenemos constancia son el conde tudesco Christophe de Rogendorff y de Gonderstorff (c. s. 1542-1545), que huyó de la corte para pasar a Constantinopla, y el flamenco Adrian de Longueval, señor de Vaux. Con Felipe II los capitanes fueron los tudescos conde Günther de Schwartzenburg, que lo fue desde que se le puso Casa como príncipe hasta 1570 en que fue acusado de traición durante el inicio de la revuelta de Flandes, y Jerónimo Lodrón, que no sirvió con excesiva frecuencia pese a su larga capitanía (c. s. 1584-1601). El reinado de Felipe III trajo un giro sustancial en los ocupantes del oficio, pues se abrió a personajes de otras nacionalidades y ya no volvemos a encontrar tudescos durante el transcurso vital de la unidad, aunque se le realizara

⁶² AHN, Consejos, Libro 174 (mercedes concedidas desde 1578 en adelante).

⁶³ Archivo parroquial de San Ginés (Madrid), Libros de bautismos 12-19, matrimonios 1-5 y defunciones 1-4.

⁶⁴ Recopiladas en A. OLIVER *et al.*: *Licencias de exención de aposento en el Madrid de los Austrias (1600-1625)*, Madrid 1982.

⁶⁵ Únicamente se señalaba en las *Constituciones de la compañía de los tudescos* que:

“Podra la compañía sin que por ello se entienda caer en desacato ni otra pena, se le dieren capitán o teniente u otro offcial qualquiera que no sea Aleman, haçer sus Juntas y acuerdos Memoriales y suplicas al Rey que les pareciere, Resistiendo que no se le den por no ser de su nación, y a llegando lo que mas se les ofreciere de sus Estatutos, y si el Rey lo quisiere, sin embargo deven haçerle nueva Replica que la fidelidad que por raçon de esso faltare corra por quenta suya y no de la nación alemana, y los oficiales o soldados que por raçon de esso se quisieren yr, les dava El Rey sus pasaportes y salvaguardas y onores, como si les moviesse otra cosa, sin que les aya de negar por ello”.

el ofrecimiento del puesto en 1640 al I conde de Isemburg, que lo rechazó al no querer desplazarse a Castilla. El inicio de esta mudanza fue el nombramiento de Francisco Calderón como gobernador de la misma (1605-1613), tomando el relevo su archiconocido hijo Rodrigo ya como capitán (1613-1621). Posteriormente le seguirían el flamenco marqués de Renty (1621-1632) y los hispanos conde de Sástago (1632-1639), don Pedro Antonio de Aragón (1640-c. s. 1680), marqués de Quintana (c. s. 1691-1699) y conde de Alba de Aliste (1699-1703).

Los tenientes, por su parte, no gozaban de una situación social tan elevada como la de los capitanes o la de los tenientes de la guarda de Corps. Ninguno de ellos, excepto don Jean d’Allamont, poseyó título nobiliario y para acceder al cargo se sirvieron de sus relaciones personales. Así, algunos de ellos se aprovecharon de contactos previos a su ingreso en la guarda, caso de Karl Függer, teniente con Felipe II y miembro de la famosa familia de banqueros; Pompeo Calco, “hechura” del capitán Lodrón, o Theodor Lansgeneque, que fue mandado llamar *ex profeso* del Imperio para ejercer el puesto, mientras que otros fueron ascendiendo dentro del cuerpo como Karl Pfefflein o Theodor Glauca. La calidad de los aspirantes nos indica que el oficio era apetecible para un determinado perfil de personaje como el de militares con una cierta experiencia al mando de unidades de los ejércitos de la Monarquía, que ya habían recibido un hábito de una orden militar y que aspiraban a un oficio que les haría ascender dentro de la Etiqueta. Lo que si hay que resaltar es que siempre se respetó que fueran de origen tudesco o, por lo menos, que su familia lo tuviera, como don Francisco Antonio de Ethenard y Abarca.

Los capellanes, por su parte, eran religiosos que se encontraban ya en Castilla ejerciendo en diversos oficios, como los capellanes reales Walter Quining o Martín Pesserio, que lo era, a su vez, de la emperatriz María. La relación entre ellos solía ser muy fluida e, incluso, tenemos constancia de que el franciscano fray Jerónimo Strager fue recomendado el 9 de agosto de 1603 por Martín Pesserio a Juan de Borja, mayordomo mayor de la emperatriz María, para que consiguiera que le sucediera en el oficio de capellán, cosa que el noble valenciano logró ⁶⁶. De igual manera, mantenían estrecho contacto con sus homólogos de otras guardas, como lo demuestra el hecho de que Walter Quining fuera uno de los albaceas testamentarios de Oliverio Danis, capellán de los archeros de Corps ⁶⁷.

⁶⁶ RAH, Ms. M-138, fol. 283.

⁶⁷ El testamento se conserva en AHPM, Protocolo 1573, fols. 637r-640r.

Su lugar de origen fue muy diverso, pues desde el reinado de Felipe III pasarían a predominar los flamencos como Gilles vander Linden, el licenciado Juan de Baena ⁶⁸ o el doctor don Dermisio Fayó, mientras que a finales del reinado de Carlos II serían hispanos como el licenciado don Antonio Esteban de Ugarte o el doctor don Jerónimo Fernández de Velasco.

En cuanto al resto de componentes de la guarda, podemos inferir que tenían una extracción social más baja que la de los grupos anteriores, aunque siempre teniendo en cuenta que debían cumplir las condiciones de ser “alemanes altos” y no haber realizado trabajo manual con anterioridad. Para favorecer el ingreso en la unidad de personajes de cierta relevancia, las *Constituciones de la Compañía* indicaban que:

Señalensele quarenta y quatro plaças nobles, para que puedan tener algunas personas de satisfacion y mas lustre, y para cada uno a raçon de a diez placas y media ⁶⁹.

En general, la mayoría de los alabarderos provenían de los ejércitos de la Monarquía ⁷⁰, e incluso continuaron ejerciendo durante el periodo en que se supone que servían en la guarda ⁷¹, aunque hubo un grupo menos numeroso que llegaba al cuerpo tras haber servido en otras Casas Reales ⁷². Eran originarios de

⁶⁸ Era hijo de un soldado de los tercios de Flandes, por lo que nació en Gante. Fue capellán de la Casa de Borgoña de Felipe IV, al mismo tiempo que de la guarda tudesca y del hospital de san Andrés de los Flamencos.

⁶⁹ Fol. 65 de dichas *Constituciones*.

⁷⁰ Podemos citar los ejemplos de David Leopold, que había luchado durante 16 años contra los turcos; Hans Happel, que estuvo en el ejército en Flandes y se unió al tercio de alemanes que fue a servir al rey Sebastián de Portugal en su campaña en el Norte de África, donde fue hecho preso y permaneció en prisión durante 25 años; Hans Baybel, *vide supra*; Michael Metz, que había servido en Flandes y Francia; Georg Cnoblach, soldado en Flandes y Francia; Johannes Hendrik Maquerer, que sirvió durante 8 años en los reinos de Italia, primero al príncipe Doria en el estandarte real y posteriormente al conde de Benavente y al marqués de Villena en Nápoles; Hendrik Densted, que sirvió durante 21 años en las galeras de Sicilia y Malta; Hendrik Mermans, que sirvió tanto en Flandes como en Saboya y Francia como soldado, sargento, hombre de armas y capitán de 25 hombres a caballo; o Andreas Prayer, que luchó tres años contra el Turco en Hungría.

⁷¹ Tal es el caso de Peter Lauterer o Paulo Milio.

⁷² Martín Krauser y Mathias Graff, por ejemplo, habían servido en la Casa de Emmanuel Filiberto de Saboya y Eisdido Quening en la de la reina Margarita de Austria-Estiria.

todos los rincones del Imperio ⁷³ y muy pocos provenían de familias de larga tradición en el servicio a los monarcas hispanos ⁷⁴, entre las que destacaron aquellas que tuvieron a varios de sus miembros sirviendo en la guarda tudésca, bien padres e hijos como Hans y Georg Baybel o los Martin von Herlem o hermanos como el propio Martin y Hans von Herlem.

El propósito de la mayoría de los personajes que pasaron a integrar la guarda era conseguir un salario fijo y adquirir cierta relevancia social al ingresar en el servicio real, la mayoría de las veces con la idea de progresar dentro de la propia unidad. Hubo casos, sin embargo, en que su aventura acabó pronto y abandonaron la guarda tras un breve periodo de estancia al no conseguir adaptarse a la nueva forma de vida ⁷⁵, u obtener un nuevo oficio mejor remunerado o más cercano a sus lugares de procedencia ⁷⁶. De igual modo, muchos tuvieron que volver al Imperio por motivos familiares o por no alcanzarles los gajes para subsistir en la

⁷³ Nos encontramos, por ejemplo, guardas de Baviera como Paulus Stringer, de Tirol a Pompeo Calco, de Colonia a Martín Nayring o de Frisia Oriental a Teodoro Gerz.

⁷⁴ Hubo algunos casos de familias de luenga tradición de servicio como la de Cristóbal Schneclin, que descendía de militares que habían servido en el ejército de la Casa de Austria tanto en la rama austriaca como la española, o Philipp Prucner, cuyo abuelo Simón había servido en Hungría a María de Borgoña y fue nombrado caballero en 1485, mientras que su padre Juan, en tiempos de Carlos V, fue alférez de la ciudad de Felelle y asesor de juicios del tribunal de Noynsolio y su hermano Jacome sirvió en Hungría a Carlos V.

⁷⁵ Hay numerosos casos de una estancia corta en la guarda pero es interesante el de Hans Aut, Fayt Zepler y Cristóbal Grin, que entraron y abandonaron la unidad durante el último tercio de 1599. En cuanto a la falta de adaptación, podemos destacar el caso de Jacob Lob que tras 30 años de servicio en los ejércitos de Flandes acudió al archiduque Alberto para entrar en su Casa pero, ante la gran cantidad de peticiones que tenía, Alberto lo denegó y Lob tuvo que marchar a Castilla junto a uno de sus hijos, dejando al resto y a su mujer en Flandes. Fue recibido por guarda alemán a finales de 1611 pero ya en 1615 pidió una capitanía en Flandes con sueldo y, aunque solo se le concedió una carta de recomendación para el archiduque, a los pocos meses retornó a los Países Bajos para volver junto a su familia.

⁷⁶ Es el caso de Hans Verestol y Mathias Linden, que abandonaron la guarda a finales de febrero de 1595 para servir en la Casa que el archiduque Alberto llevó a Flandes; el primero como ayuda de entretenido de los porteros de cocina y, posteriormente, como portero de cocina y el segundo como ayuda de entretenido de la acemilería. Son de destacar, igualmente, aquellos guardas que partieron con Jerónimo de Lodrón a sus numerosos viajes para luchar en Flandes o Francia como Santin Carter, Theodor Glauca, Michael Gutman o Steffan Schuler.

corte ⁷⁷, teniendo que ejercer algunos alabarderos el pluriempleo para completar el sueldo como Martin von Herlem, que fue sastre de la unidad durante la estancia de la misma en Valladolid.

Por contra, hubo un grupo muy numeroso que hizo carrera dentro de la propia guarda y sirvió en la misma hasta en tres reinados diferentes, como fue el caso de Cristian Cremers que permaneció en la unidad desde 1618 hasta 1678 ⁷⁸. Algunos de ellos, además, ascendieron dentro de la misma, algo que fue posible gracias a que los cargos intermedios como alférez, sargento, furrier, escribano y cabo de escuadra se nutrieron prácticamente siempre de los propios componentes de la guarda y no se buscó fuera de ella. Theodor Glauca fue quien más alto llegó al ejercer como teniente desde el 16 de septiembre de 1605, tras haber servido como alabardero con plaza aventajada, desde el primer tercio de 1591 hasta el 1 de octubre de 1593, como cabo de escuadra, desde esa fecha hasta el segundo tercio de 1596, y como sargento, desde ese momento hasta su nombramiento como teniente, aunque no fue el único caso ⁷⁹.

En conclusión, la guarda tudesca se convirtió en uno de los pocos reductos que los servidores imperiales tenían para poder integrarse en el servicio de los monarcas hispanos, sobre todo tras la cesión de los territorios imperiales de

⁷⁷ Tal es el caso de Paulo Milio que, tras recibir una licencia de un año en 1600, no volvió a servir porque su padre acababa de fallecer y se trasladó a su tierra para poner orden en el cobro de la hacienda; Michael de Fezio, al que en 1623 se le concedió una licencia de 6 meses para ir al Imperio y ver si había recibido alguna herencia de sus padres falleciendo durante el viaje; Christophe Exermy, que pidió licencia en 1629 para volver a su tierra natal a hacerse cargo de su herencia tras fallecer su padre y su madre y que tuvo que reclamar los gajes que se le debían desde 1625 para poder realizar el viaje; o Paulus Stringer, que en 1629 solicitó licencia para abandonar la guarda y volver a sus tierras debido a lo elevado de los precios y a la escasez de sus gajes.

⁷⁸ Hubo numerosos casos de servicio prolongado como fueron Georg Fuchswantz, que sirvió de 1546 a 1594, Hans von Herlem, de 1559 hasta 1612; Adam Ditman, de 1560 hasta 1594; Hans Straumer, de 1594 a 1636; Jacob Entner, de 1600 a 1637; Lorenzo Bauer, de 1605 a 1637; o Lorenzo Gayguer, de 1606 a 1655, entre otros.

⁷⁹ Otros ejemplos fueron Ludwig Wallniger, que fue alabardero con plaza aventajada, cabo de escuadra y sargento; Hans Denner, que sirvió como alabardero con plaza aventajada, sargento y alférez; Philipp Prucner, que fue alabardero con plaza simple, con plaza aventajada, furrier y escribano de la guarda; Philipp Quening, que tuvo plaza aventajada, cabo de escuadra, escribano y alférez; Hendrik Denstedt, que disfrutó de plaza sencilla, aventajada, cabo de escuadra y sargento o Godofredo Janix, que sirvió como alabardero con plaza sencilla y aventajada, cabo de escuadra, furrier y sargento.

Carlos V a su hermano Fernando. En concreto, el grupo al que se premiaba con el ingreso en la guarda era al de los hidalgos, baja nobleza y soldados que, tras haber prestado sus servicios en los ejércitos de la Monarquía, veían prestigiada su condición social y económica con el ingreso en la guarda y aumentaban sus posibilidades de medro al trasladarse a vivir a la corte. Una vez cumplido su servicio, algunos optaban por continuar viviendo en Madrid, lo que hacía aumentar la presencia de los servidores imperiales en la corte y la consolidaba, mientras otros retornaban al ejército o a sus tierras de origen donde difundían su gratitud al monarca hispano y se convertían en un grupo afín, sobre todo en tierras católicas, a las ideas de la Monarquía. De esta manera, la guarda tudésca contribuyó a aumentar las redes clientelares de los monarcas hispanos en el Imperio dentro de los grupos sociales de nivel medio, mientras las pensiones, los cargos en el ejército y el Toisón de Oro fueron las herramientas que se utilizaron para niveles más elevados.

Esta realidad se vería modificada notablemente cuando la unidad cambió de función y pasó a servir como representante de la nación tudésca en Madrid. Debido a ello, su configuración social comenzó a responder a la realidad de los tudescos en la corte y las antiguas vías de acceso derivadas de la hidalguía y del ejército⁸⁰ fueron perdiendo paulatinamente su importancia para dar paso a tudescos, tanto recién llegados a Madrid⁸¹ como pertenecientes a familias que llevaban mucho tiempo afincadas en la capital⁸², que ocupaban los oficios más

⁸⁰ Aunque, por supuesto, las puertas no se cerraron a los escasos personajes que quisieron ingresar en la unidad a través de esas vías. Este es el caso de Juan Guillermo Salter de Salzburg, procedente de una familia noble del Tirol que tras servir como alférez en el ejército ingresó en la guarda tudésca en 1627 aunque volvió a servir en el ejército durante 1629-1631 para reincorporarse posteriormente a la guarda en Madrid; Juan Ussel, que ingresó en la unidad tras servir durante 6 años en el ejército en Flandes; Lazaro Paulino, tambor mandado traer del Imperio *ex professo* por Mariana de Austria en 1649; o Elias Nuremberger, que fue soldado de infantería en Badajoz durante 7 años hasta que fue hecho prisionero en el sitio de Villaviciosa y tras ser liberado marchó a la corte donde asentó como alabardero en 1670.

⁸¹ Entre ellos nos encontramos con taberneros como Herman Mathias, sastres como Antonio Nagel y, sobre todo, ebanistas como Simon Malender Telpé, Bartolomé Eberhart, Tomas Seiz, Hans Crempel o Felipe Osterried.

⁸² Es destacable la cantidad de sastres que ingresaron, caso de Hermann von Reyndorf, Francisco Heyndiguer, Miguel Richter, Juan Entner, Jorge Reydemans o Juan Bautista Jordán, aunque habría también carpinteros como Juan Pérez o hijos de antiguos alabarderos como Hans Arroyo.

variopintos para subsistir. Por último, habría algunos alabarderos que recibieron el puesto por servicios a la Monarquía que no tenían nada que ver con el ejército, pero a los que se buscaba premiar con un oficio en la Casa Real; entre ellos podemos destacar a los ebanistas Gaspar Camp, que lo fue de la reina Margarita de Austria-Estiria, o Baltasar Virz, de la reina Isabel de Borbón.

El interés de muchos de estos personajes en servir como guardas era mínimo, lo que supuso numerosas ausencias en el servicio, y sus condiciones físicas y sociales para cumplir en un cargo de esta índole eran, en muchos de los casos, cuanto menos dudosas. Además, conviene resaltar que su inferior condición con respecto a la guarda de Corps, así como sus menores gajes y su mayor dificultad en percibirlos, provocó que numerosos naturales del Imperio que hubieran podido prestigiar la unidad tudesca prefirieran servir con los archeros. El caso más llamativo fue el del arquitecto Teodoro Ardemans, que tomó el relevo de su padre alemán en dicha guarda en 1697, aunque hubo otros varios como los de Francisco Lambriche o Lorenzo Cramer o Caramuer, padre del teólogo y obispo Juan Caramuer que, originario de Luxemburgo, prefirió la guarda de Corps a la tudesca.

La nueva función de representación de la nación tudesca en la corte puede resultar de gran interés para un mejor conocimiento de las actividades de los alemanes residentes en la corte durante aquellos años, a través del estudio de las relaciones personales de estos guardas ya que, aunque aún carecemos de estudios en profundidad sobre sus actividades privadas, es indudable su estrecha relación con otros miembros de su comunidad. Así, y en función de con quién se relacionaran, nos podemos encontrar con dos grupos de alabarderos; aquellos que circunscribieron sus relaciones únicamente al entorno de la guarda tudesca y a los miembros de su nación presentes en la corte y aquellos que ampliaban sus perspectivas e intimaban con otras nacionalidades.

Dentro del primer grupo, más numeroso, se incluyen aquellos que contrajeron matrimonio con mujeres de su propia nacionalidad, caso de Israel Koch, que se esposó con la hija de Hans von Herlem, Hans Buerzel, cuya esposa, Magdalena Zetisca, era natural de Praga y criada de Gaspar de Zúñiga, Gaspar Camp o Martin Krauser. De igual manera, podemos observar quiénes se relacionaban preferentemente con personajes de su misma nación a través de los testamentos cuyos albaceas fueran nacidos en el Imperio; entre estos podemos destacar a Georg Biedler, que nombraba como testamentarios al sargento de la guarda Hendrik Denstedt y al alabardero Matheus Morez; Melchor Faistgais,

cuyos albaceas fueron Guillermo Flutorxos, cajero de los Függer, el cabo de escuadra Hans Leopold y su mujer Úrsula Cepledín; o Francisco Montenegro, que eligió al ya escribano de la guarda Hans Leopold y al cabo de escuadra Salvador Gaiguer.

En cuanto al segundo grupo, destacan aquellos que contrajeron matrimonio con castellanas, como Teodoro Gerz que casó con Juliana González, criada de Rodrigo Calderón; Hans Effring, Peter Lauterer o Peter Yanyodes. Algunos llevaron más allá su integración y bautizaron a sus hijos en la parroquia que les correspondía, se integraron en cofradías ajenas a la de la guarda tudésca y tuvieron como albaceas a personajes no nacidos en el Imperio ⁸³.

Por otro lado, la adaptación de cada guarda a la vida en la corte fue debida, en gran medida, a la facilidad con la que recibieran sus gajes y a la obtención de beneficios adicionales, que proporcionaron la oportunidad a algunos de comprar casa propia y no tener que conformarse con la de aposento que se les concedía a todos los miembros de las guardas, asegurándose así una hacienda propia. Este fue el caso de Cristian Cremers, Teodoro Gerz, Hans Ferle, Hans Arroyo o Cristóbal Schneclin que, además, aprovechándose de los servicios que habían prestado, intentaron que se les concediera la exención del huésped de aposento, lo que lograron en la mayoría de las ocasiones.

Sin embargo, aunque las guardas tenían preferencia en el cobro de sus salarios respecto a otras áreas de la Casa Real ⁸⁴, esto no les garantizaba recibir los sueldos de forma puntual y no todos los guardas tudescos pudieron vivir con holgura. Debido a ello, fue apareciendo un sistema de ayudas orientado a paliar

⁸³ Ejemplar fue el caso de Eisidro Quening, que vino del Imperio en el séquito de Margarita de Austria-Estiria y que entró en la guarda a comienzos de abril de 1603, sirviendo hasta su muerte en 1643. Contrajo matrimonio el 30 de noviembre de 1617 en San Ginés con Mariana Palacios, hermana de Juan Palacios que fue sumiller de la cava y panetería del Cardenal Infante así como secretario de un partido del arzobispado de Toledo. De igual manera, destaca Teodoro Gerz que, además de casarse con una criada de Calderón, adquirió una casa en la calle Tudescos y fue enterrado en la iglesia de San Alfonso, ayuda de parroquia de la iglesia de San Martín. Sus testamentarios fueron su compadre Toribio de Prado, Teodoro Johannes, el soldado Eduart Fonfelt y su mujer.

⁸⁴ C. J. DE CARLOS MORALES: “El sostenimiento económico de las casas de Felipe II” en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La monarquía de Felipe II: la Casa del rey...*, *op. cit.*, I, p. 108. Recibían primero los gajes los llamados “oficios menores”, que correspondían con aquellas áreas en las que sus integrantes no solían tener ingresos adicionales a sus gajes como servidores reales, caso de capilla, guarda y furriera.

esta precariedad de medios que les caracterizaba. El vértice fundamental de dicho engranaje fue la citada cofradía, pero hubo otras vías para solicitar y conseguir mercedes, siendo las más comunes acudir al Bureo, a la secretaría de Estado para el Norte o a la Cámara.

La mayoría de sus peticiones hacían referencia a la concesión de entretenimientos en el ejército, como los que se estaban otorgando en la guarda de Corps con Felipe III; así fue el caso de Hendrik Mermans, Theodor Glaucá o Gregorio Yarish, que lo solicitó para su hijo, o cartas de recomendación para servir en Flandes, caso de Georg Schiler, Johan Hieronymit Hum o Theodore Niquel. En otras ocasiones, estas mercedes se concedían a modo de pensiones por la iglesia, como las que obtuvieron el tambor Leopoldo Cantor, el alabardero Cristóbal Schneclin para sus hijos o el capellán Martín Pesserio para él mismo. Por último, se estipuló con Felipe III que todas las viudas de los guardas recibieran 80 ducados al fallecer sus maridos, previa petición y estudio del Bureo. En algunos casos, esta cuantía se incrementaba hasta 160 ducados si el difunto había ejercido algún cargo dentro de la guarda, como sucedió con el sargento Israel Koch.

Con anterioridad a estas medidas, las ayudas habían provenido únicamente de socorros concedidos de forma extraordinaria o a través de adelantos de gajes individuales a costa de sueldos posteriores⁸⁵, algo que se continuó haciendo tras la creación de la cofradía e, incluso, con la concesión de las plazas reservadas.

El teniente Pompeo Calco, hombre de confianza del capitán Jerónimo de Lodrón y el encargado de gobernar la guarda durante sus repetidas ausencias, fue el principal impulsor de la concesión de estas plazas. Ya desde finales del reinado de Felipe II solicitó con especial ahínco mejoras para la precaria situación de la unidad, demandas que se acentuaron con el traslado de la corte a Valladolid. Esta mudanza empeoró las condiciones de vida y de servicio de los guardas, pese a algunas ayudas de costa que se les concedieron⁸⁶, y Calco se centró, sobre

⁸⁵ En AGP, Histórica, caja 175 se conservan relaciones de los socorros conjuntos concedidos tanto a la guarda alemana como a la española y de archeros, así como a la capilla, en tiempos de Felipe III. Un ejemplo son los 6000 ducados concedidos en 1619 para acudir a la Jornada de Portugal. De igual manera, hay recibos a título individual y listas por años de los socorros concedidos a los guardas a costa de sus gajes.

⁸⁶ “Del como se hizo repartimiento de la ayuda de costa que se dio a las tres guardas en noviembre de 1603 de los oficios que su Majestad mandó”, 22 de noviembre 1603, AZ, carpeta 195, Grupo Documental 5, documento 140. Se concedieron 15882 reales de ayuda de costa a cada guarda correspondiendo, en el caso de la tudesca, 140 para cada alabardero y cantidades superiores para los mandos.

todo, en intentar conseguir para la unidad una serie de plazas reservadas como las que tenían los miembros de la guarda española desde 1553 y los archeros de Corps desde el 1 de noviembre de 1598. El teniente, hastiado de que se hicieran oídos sordos a sus peticiones y tras fallecer su protector el capitán Lodrón, pidió licencia para retornar a su casa en la Lombardía en 1601, lo que se le concedió desde el 1 de junio y por cuatro meses; sin embargo, Calco no regresaría a Castilla ya que falleció en sus tierras en julio de 1602⁸⁷. De esta manera, el cargo de teniente quedó vacante hasta el nombramiento de Theodor Glauca el 16 de septiembre de 1605, elección que no vino sino a confirmar que el sargento venía ejerciendo como teniente de la guarda desde el comienzo de la ausencia de Pompeo Calco. De hecho, durante los años en que estuvo vacante el oficio de teniente, se encargó de continuar entregando al Bureo memoriales redactados por él mismo referentes a la asignación a la guarda de plazas reservadas, lo que sería concedido, finalmente, en el segundo tercio de 1605.

En esa fecha, poco antes de que se produjera el retorno de la corte a Madrid, Felipe III decidió conceder a la unidad 12 plazas reservadas, en las cuales los guardas agraciados percibirían los mismos gajes que venían cobrando sin necesidad de servir. Estos nuevos puestos recayeron en un primer momento en los cabos de escuadra Hans von Herlem y Jacob Halm, en los alabarderos con plaza aventajada Martín von Herlem, Melchor Faistgais, Reinhardt Hermann, Michael Dissman, Martin Traumpert, Rodolfo Jordan, Hans Baybel, Nicolas Schaler y Baltasar Angueron y en el alabardero con plaza sencilla Simón Roy⁸⁸. Todos ellos llevaban un número considerable de años sirviendo a la Monarquía, tanto en la guarda como en otros oficios⁸⁹, y, a su vez, tenían una buena relación con Glauca, que fue el encargado de conceder las plazas.

Sin embargo, y pese a todas estas vías de concesión de mercedes, la guarda tudesca nunca disfrutó de nada similar al *Tour de Rolle* que tenía la guarda de archeros de Corps, quedando así patente la preponderancia ceremonial y de lustre de la que esta gozaba con respecto a la guarda alemana. Esto puede ser explicado por el superior peso de la nacionalidad flamenca en la corte, la mayor tradición de lo borgoñón en el ceremonial áulico, así como que los territorios

⁸⁷ AGP, Histórica, caja 175.

⁸⁸ *Ibidem*, Reg. 5734.

⁸⁹ El ejemplo más claro lo encontramos en Hans Baybel, que llevaba sirviendo desde el sitio de Metz en 1552 y que ingresó en la guarda a finales de 1590.

flamencos formaron parte de la Monarquía durante estos siglos, excepto durante los años de la Cesión, mientras que los imperiales únicamente lo fueron durante el reinado de Carlos V.

CRISIS EN EL SIGLO XVII:

PÉRDIDA DE LUSTRE, PROBLEMAS JURISDICCIONALES

Y “EXTRANJERIZACIÓN” DE LA UNIDAD

La profunda mudanza que se había operado en el núcleo del modelo de guarda Habsburgo desde finales del reinado de Felipe II respondía, no solo, a la institucionalización que se estaba produciendo en la Monarquía, sino también a una renovación en los pensamientos filosóficos que la dotaron de cobertura, siendo uno de sus principales exponentes el tacitismo⁹⁰. Esta corriente, como es bien sabido, se dedicó al estudio de los escritos de la antigua Roma para que la Monarquía pudiera avanzar a través de la aplicación o no de lo allí observado.

En lo referente a las guardas, estaba claro que el principal foco de atención debían ser los pretorianos, lo cual reabrió el debate sobre la conveniencia de que los monarcas estuvieran cuidados por extranjeros como los tudescos, y sus diferentes actuaciones en el derrocamiento de emperadores, aspecto en el que cobraba especial relevancia la figura de Sejano. La excelencia militar de los cuerpos de guarda podía fortalecer en exceso la posición de sus responsables, transformándolos en una amenaza para la autoridad real y para el equilibrio de poderes cortesanos. Es decir, por un lado se era consciente de la necesidad de reforzar el poder del capitán para que la unidad no perdiera el lustre, pero por otro se quería evitar que este tuviera un poder omnímodo que pudiera resultar peligroso para la integridad del monarca, argumentos que se utilizarían, sobre todo, durante la capitania de la guarda alemana de don Rodrigo Calderón. Esta indecisión provocaría una grave merma en la jurisdicción de los capitanes, proceso que se mostraría en toda su crudeza a partir del reinado de Felipe IV.

En efecto, podemos considerar que el reinado del último Felipe de los Habsburgo hispanos supuso el inicio de la decadencia definitiva de la guarda real, en

⁹⁰ Sobre este debate a comienzos del siglo XVII en la Monarquía Hispánica, A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Las guardas reales en la Corte de los Austrias y la salvaguarda de la autoridad regia” en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La monarquía de Felipe II: la Casa del rey...*, *op. cit.*, I, pp. 430-442.

general⁹¹, y de la tudesca, en particular, sobre todo cuando esta empezó a perder la principal función que venía cumpliendo hasta entonces, cual era la representación de la nación tudesca en la corte.

Los antecedentes de esta decadencia se pueden localizar en los reinados de Felipe II y Felipe III en que, tras perder la soberanía sobre los territorios imperiales, se produjeron numerosas ausencias de los capitanes, lo que provocó cierto descontrol que favoreció el ingreso de algunos flamencos en el cuerpo como Hendrik Mermans, natural de Amberes que ingresó en la guarda a finales de 1599, o Peter Schneider, que lo hizo durante el primer tercio de 1616. Sin embargo, esta circunstancia se produjo de forma esporádica y, además, esos “extranjeros” cumplían el resto de condiciones requeridas para el puesto, pues siempre mostraban pasaporte de haber servido en algún regimiento de alemanes. Esta circunstancia, unida a la presencia de los Calderón al frente de la unidad, cuya cercanía al duque de Lerma propició que se atendieran sus peticiones, frenaría el desprestigio de la misma durante la mayoría del reinado de Felipe III.

Sin embargo, el comienzo de la Guerra de los Treinta Años aumentó todavía más las dificultades para conseguir personajes de cierta entidad social o militar que quisieran servir en la guarda tudesca. A ello habría que unir el hecho de que durante el valimiento del conde-duque de Olivares fue quebrando la condición de Madrid como “archivo de naciones”, ya que este concepto no se correspondía con la visión que dicho personaje tenía de la Monarquía. De este modo, y ante la falta de candidatos adecuados, se produjo el ingreso de numerosos “extranjeros” en las tres guardas palatino-personales, proceso auspiciado por la actuación de personajes deudos de las ideas que el conde-duque propugnaba, por lo que las guardas dejaron de tener sentido como representantes de las naciones en Madrid.

Esta circunstancia agravó las contradicciones que sufría la unidad tudesca y que comenzarían a reflejarse en el decurso vital de la misma durante el gobierno (1629-1632) y capitanía (1632-1639) del conde de Sástago. Este, aprovechando durante los primeros años la ausencia del teniente Lansgeneque, firme defensor de la necesidad de mantener germanizada la unidad, comenzó a introducir en la

⁹¹ Sobre este asunto, nuestro artículo: “Las guardas reales durante los años centrales del reinado de Felipe IV: la confirmación de la crisis del modelo Habsburgo” en A. GAMBRA GUTIÉRREZ y F. LABRADOR ARROYO (coords.): *Evolución y estructura de la Casa Real de Castilla*, 2 vols., Madrid 2010.

guarda a alabarderos sin ninguna cercanía ni filiación a la nación alemana y que tampoco cumplían el resto de condiciones mínimas requeridas para ejercer el puesto. Su justificación fue resaltar la dificultad que entrañaba poder encontrar a soldados alemanes para cubrir el número establecido, por lo que muchas plazas quedaban vacantes durante algunos tercios, y pensó en esta opción en lugar de usar el recurso utilizado habitualmente por capitanes anteriores de buscar nuevos soldados en los ejércitos en Flandes. El Bureo, consciente de la dificultad de encontrar candidatos adecuados, propuso soluciones, pero siempre parciales ⁹².

La primera remesa de “extranjeros” inició su servicio durante el primer tercio de 1632, momento en el cual ingresaron el valón Felipe Lorenzo, el flamenco Rodrigo Matías y los castellanos Luis Pascual Navarro, Juan Artigas y Ángel Germán ⁹³. A su retorno a Castilla el teniente Lansgeneque protestó “contra el intento con que se introduxo el tener los príncipes guardas de diferentes naciones y lenguas asegurando las unas con las otras” ⁹⁴, denunciando que no hablaban alemán y que se habían emitido informaciones falsas sobre los nuevos aspirantes. La respuesta del monarca fue que “menos inconveniente era no tener soldados alemanes en la guarda que recibirlos de otra nación”, lo que frenó la entrada de “extranjeros” en el cuerpo.

Sin embargo, la semilla ya había germinado y el problema se iría agravando con el paso del tiempo, hasta hacerse masivo el ingreso de guardas de otras

⁹² Como vemos en el expediente de Juan Jacobo Bermejo (AGP, Histórica, caja 173), que tras venir del Imperio a servir durante el último tercio de 1627 decidió pedir licencia en mayo de 1628 para marchar a servir al ejército por falta de pago de los gajes. El Bureo contestó:

“A todos los soldados de la guarda alemana que se despiden della con licencia para volverse a su tierra o ir a servir a su Majestad en otras partes como lo hacen muchos se les da siempre licencia sin deténrsela a ninguno y a los que huvieren servido dos años les manda su Majestad dar el pasaporte ordinario pero los que han asistido menos tiempo van sin él y así es justo lo que este soldado suplica demás de que conviene que no se les de a entender con detenerlos aquí que su Majestad tiene necesidad dellos por la dificultad que aura en que vengan otros sino se les hazen algunas ventajas por lo qual conviene también que a todos los que fueren despedidos se les pague su sueldo pues demás de ser reputación de España con esso vendrán otros a servir y estará la guarda como es justo. Madrid a 18 de junio de 1628”.

⁹³ *Ibidem*, Reg. 5735.

⁹⁴ Como así nos relata en un memorial que envió en 1644 al Bureo denunciando la situación de nuevo, como lo venía haciendo desde 1633 (AGP, Histórica, caja 175, carpeta de 1644).

nacionalidades, siendo especialmente numerosos los hispanos ⁹⁵, de los cuales solo unos pocos provenían del ejército ⁹⁶, y entre los cuales hubo casos flagrantes como el de Gregorio Hermosilla, que, además de ser despensero, había asesinado a un guarda tudesco antes de ingresar en la unidad. Junto a ellos hubo flamencos ⁹⁷, valones ⁹⁸, franceses ⁹⁹, hasta que se prohibió su presencia tras el

⁹⁵ Encontramos numerosos taberneros como Pedro de Aguilar “el viejo”, Gonzalo Juan de Godoy, Alonso Negrón, Lorenzo Castellen, Nicolás Velín, Domingo Cavano, Juan Alonso Sánchez, Juan Rodríguez o Pedro García; posaderos como Domingo García, Francisco de Soto o Amaro González; mesoneros como Juan García o Sebastián Pérez; bodegoneros como Antonio Monroy o Pedro Meléndez; zapateros como Juan de Albuquerque o Juan Martín; sastres como Jerónimo Alberto Arteaga “el viejo”; vendedores de vino como Pedro Bravo, Juan López o Jaime de Buenamigo; vendedores de aceite y vinagre como Domingo del Campo, Cristóbal de Enciso o Francisco Sánchez de Guiraldete, que tenía también el oficio de dorador; hacedores de guardainfantes como Jerónimo Escobar; carniceros como Luis Gallego; roperos de viejo como Juan González Peite, Hernando de Pinto o Juan Zapata; carpinteros como Lucas de la Hoz; panaderos como Alonso López de la Puerta; tratantes del rastro como Juan de Otero; aguardenteros como Domingo Rodríguez; cocheros como Bartolomé de Salas; tejedores de terciopelo como Pedro Sánchez Esprín; tratantes de cebada como Pedro Zierra; golilleros como Domingo Sánchez; confiteros como Juan de la Puerta y maestros herreros como Francisco Fernández de Rubinos. Igualmente, había guardas pluriempleados como Juan Fernández, maestro de hacer esteras de Palma que esteraba en invierno algunas casas particulares pero sin tener tienda, o casos como el de Pedro de Aguilar “el mozo”, que fue el carcelero de la unidad durante su servicio. Curiosamente, al mismo tiempo usaba su casa para organizar timbas y vender vino, lo que le originó varios problemas que solventó con el apoyo del capitán Aragón.

⁹⁶ Como Eugenio Carrasco, hijo de un cocinero real aunque también sirvió en el ejército; Domingo Félix Terán, soldado de las guardas viejas, hidalgo y maestre de hacer coches; o Juan de Oñate, que sirvió durante 4 años en las galeras hasta que fue herido en una batalla contra los turcos y regresó a la corte para ingresar en la guarda tudésca.

⁹⁷ Fue el caso de Guillermo Bart, que había sido zapatero con anterioridad, Christophe Ferxur, Juan Biniquín, Jehan Vibrand, Peter Schifner, Artus van der Muert y Manuel Ferxur, sastres; Jehan Hervart y Juan Vaders, cordoneros; Bernardo van der Sand o Guillermo Farnik, libreros; Lorenzo Reychart, tejedor. También habría algunos sin oficio conocido como Cristobal Hemart, Overhard van Feld, Hans Schuen o Hans Cremers, que llegaría a ser alferez de la guarda.

⁹⁸ Como el tejedor de telas Martin Budre, los mesoneros Pedro van Felt y Leonardo Grasset y los sastres Hendrik Hervas, Hans Vals y Adrián Pelegrino.

⁹⁹ Caso de Juan Blanco o Luis Tyroffle, que antes de entrar en la guarda fueron maeses de hacer coches, Miguel Eros, panadero, Luis de Morata, tabernero, o Pedro Sánchez Oliveros, tratante de cebada y tabernero.

inicio de las guerras con Luis XIV ¹⁰⁰, e incluso algún portugués como el panadero Antonio Francisco Herman o genovés como el tabernero Bartolomé Pera. Con estos nombramientos, además, se degradaba aún más la condición social de los componentes de la unidad, ya muy condicionada por los problemas en la percepción de los gajes.

En efecto, los guardas habían ido perdiendo paulatinamente poder adquisitivo desde época de Carlos V ¹⁰¹, y con Felipe IV los salarios eran claramente insuficientes ¹⁰². Por supuesto, estos dependían del oficio que tuviera cada uno de los miembros dentro de la guarda y teniendo en cuenta, además, que todos debían recibir librea de forma ordinaria y luto cuando se concedía al resto de la Casa, aunque esto no siempre se cumplió.

Por lo que respecta al capitán, su estipendio fue siempre intermedio entre lo que percibía el capitán de la guarda de Corps, que tenía el mayor sueldo, y el de la española, el menor. En época del Emperador este era de 2.500 libras de pensión por año más 1.500 de ayuda de costa y en concepto de ración un pan de boca y un lote de vino por día, más 60 hachas de cera amarilla por año y, por último, de camino dos acémilas de guía de carruaje, pasando a percibir durante el reinado del último de los Felipes Austrias 2.500 libras de pensión al año y otras 2500 de ayuda de costa, lo que montaba 800.000 maravedís al año que se pagaban por libranza aparte, siendo el único que disfrutaba de dicha condición pues el resto cobraba por el roolo.

En cuanto al teniente, pasó de recibir 100 ducados de pensión al año más 12 florines de oro por mes de dos plazas de soldados que se le contaban, a ser de 1.731 reales y 24 maravedís de gajes al año más 100 ducados de pensión y los sueldos de dos plazas aventajadas, que constaban en los roolos como *Xuert*

¹⁰⁰ Así sucedería con Pedro Chapa, panadero que fue expulsado de la guarda en 1683 cuando se descubrió que era francés y no borgoñón como había aducido en un principio, o Martín Sauna, panadero del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús que fue expulsado el mismo año por idéntico motivo.

¹⁰¹ Los gajes de este periodo lo sacamos de la “Relación de la forma de servir que se tenía en la Casa del Emperador Don Carlos nuestro señor, que aya gloria, el año de 1545 y se avúa tenido algunos años antes, e del partido que se daua a cada uno de los criados de su Majestat que se contaúan por los libros del bureo” en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V...*, op. cit., V, p. 205.

¹⁰² Como podemos ver en una relación de lo que montan al año los sueldos de las guardas para 1651 en AGP, Histórica, caja 181.

Strager y *Rayt Knecht*, y una sencilla, *Jung*, lo que hacía un total de 202.608 maravedís.

En un escalón inferior estarían el sargento y el alférez, que pasarían de percibir un salario de 16 florines de oro por mes, más 2 florines de vestuario, a tener 3.162 reales y 12 maravedís o, lo que es lo mismo, 107.570 maravedís. El escribano, por su parte, tenía 12 florines de sueldo y 20 más al año de vestuario, recibiendo con Felipe IV 2.409 reales y 30 maravedís al año, equivalentes a 81.936 maravedís al año.

Por otro lado, el capellán, el furrier y los 8 cabos de escuadra cobrarían en el reinado de Carlos V el mismo sueldo que los soldados, pífanos y tambores nobles, que consistía en 8 florines de sueldo mensuales más otros 8 de vestuario al año. Poco a poco se fueron produciendo diferencias salariales entre estos grupos y con Felipe IV el capellán pasó a cobrar 1.807 reales y 2 maravedís, lo que equivalía a 61.440 maravedís; el furrier y los 4 cabos de escuadra aventajados 1.355 reales y 20 maravedís, o 46.080 maravedís, y los otros 4 cabos y los alabarderos, tambor y pífano con plaza noble tendrían 1.129 reales y 14 maravedís, el equivalente a 8 florines al día o 38.600 maravedís al año.

Por último, al resto de alabarderos, más otro pífano y otro tambor, se les pagaba a razón de 6 florines al mes más 8 de vestuario por año, lo que suponía al año 865 reales y 20 maravedís o 29.430 maravedís, no variando esta cantidad de un reinado a otro. Los reservados, por su parte, recibían desde 1605 los gajes según la condición de la plaza que ocupaban en el momento de adquirir dicha condición, ya fuera como sargentos, cabos de escuadra, aventajados o con plaza sencilla.

A un salario ya de por sí corto habría que unir que los problemas para el pago fueron constantes y durante el reinado de Felipe IV se llegaron a acumular retrasos de hasta 12 años en el cobro¹⁰³. Debido a ello, muchos guardas optaron desde finales de la década de los 20 por dedicarse a tener posada y puestos de vino y comida, lo que estaba prohibido y penado por las ordenanzas y por varias cédulas reales¹⁰⁴, pero que se hacía necesario para su supervivencia¹⁰⁵.

¹⁰³ Sobre la precariedad de los sueldos y los intentos por solucionarlo en las tres guardas, F. VELASCO MEDINA: “La imagen social de las guardias reales: estatus privilegiado y precarias condiciones de vida” en V. PINTO CRESPO (dir.): *El Madrid Militar. I. Ejército y Ciudad (850-1815)*, Madrid 2005, pp. 211-215.

¹⁰⁴ Como la de 1626 (D. DE SOTO Y AGUILAR: *Tratado sobre las Guardas Españolas...*, *op. cit.*, fol. 93v):

El deterioro económico era palpable y conllevaba, como era lógico, el aumento de los problemas disciplinarios en la compañía. Además, los soldados eran conscientes de los problemas jurisdiccionales existentes entre las diversas instancias y jugaban con ello según su beneficio; así, cuando la decisión del capitán no les era favorable recurrían al Bureo¹⁰⁶, cuando les convenía lo hacían al capitán¹⁰⁷, y a ambos cuando tenían problemas con la justicia ordinaria¹⁰⁸.

“En villa de Madrid a 19 de enero de 1626 años los señores del consejo de su Majestad mandaron que a los soldados de la guardia española y tudesca que tienen casas de posadas, mesones en esta Corte no se les reparta merced alguna por haber estado y estar en otros mesones y casas de posadas alojadas las banderas de los capitanes que hacen gente en esta Corte. Y no ha lugar lo que piden los demás mesoneros y casas de posadas sobre que la dicha costa se reparta entre los bodegoneros y otros gremios y así lo proveyeron y mandaron”.

¹⁰⁵ En F. VELASCO MEDINA: “La imagen social de las guardias reales...”, *op. cit.*, pp. 216-222, el autor desgana los problemas que tuvieron las tres guardas con respecto a sus “otras” ocupaciones como taberneros, regentar posadas y casas de juego,... y cómo el deterioro en la percepción de los gajes ocasionó, a su vez, que cada vez más los guardas se tuvieran que buscar otras ocupaciones “deshonrosas” para poder vivir.

¹⁰⁶ Como podemos observar en el memorial que varios de ellos enviaron en 1655 tras ser condenados por el capitán a prisión (AGP, Histórica, caja 175, expediente de 1655):

“Los soldados de la guarda alemana presos en la cárcel real della, dicen que a más de siete meses que están padeciendo penosa prisión por orden de su capitán el qual los tiene condenados por su sentencia a seis años de destierro de la qual se apeló por los suplicantes al Real Bureo en donde a quatro meses que está detenido dicho pleito y de la dilación se les sigue grande molestia por dilatarse más su trabajo por estar cargados de obligaciones precisas de mujeres e hijos que padecen mucha necesidad sin tener otro amparo más que recurrir a la poderosa mano de V. Majestad para ser libres con su real clemencia, en cuya atención suplican a V. Majestad con toda humildad se sirva de hacerles merced de enviar su Real decreto y orden al Real Bureo para que sin más dilación se vea y determine su causa y sean despachados con toda brevedad que en ello la recibirán muy singular de la benignidad de V. Majestad como la esperan”.

¹⁰⁷ Como cuando el Bureo reclamó en agosto de 1659 (*Ibidem*, expediente de 1659) que Pedro de Aguilar, alabardero tudesco que tenía en su casa la cárcel de la guarda, disponía en su misma morada de una tienda de vinos y casa de juegos, lo que no parecía procedente para que estuviera en su domicilio la cárcel, ya que se originaban alborotos y que la puerta estuviera abierta casi toda la noche. Además, hubo un asesinato cerca de ella y el Bureo reclamó que se le obligara a cerrar los negocios o que dejara de tener la cárcel pero, tras consultar al capitán

Ni siquiera la instauración de una cárcel propia para la unidad en la Red de San Luis pudo solucionar la situación, pues en ella se llegaría a poner negocios ilegales de bebida, juego..., por parte de los propios carceleros. Sin duda, estos conflictos estuvieron motivados más por el modo de vida de algunos alabarderos¹⁰⁹, muy alejado del que se suponía a un guarda palatino-personal, que por las indefiniciones jurisdiccionales que habían azotado a la guarda de Corps¹¹⁰.

La unidad tudesca se regía por las llamadas *Constituciones de la compañía de tudescos de la Guarda de la persona Real de Castilla*, texto que, según Alicia Esteban, fue redactado en 1561 junto con las Ordenanzas de la guarda española para fijar los usos de la compañía ante el asentamiento definitivo de la corte en Madrid. Este marco normativo clarificaba las competencias del capitán y, aunque estipulaba su subordinación al Bureo tanto en las causas civiles como en las criminales, ya que permitía apelar las sentencias emitidas por los capitanes ante el tribunal palatino¹¹¹, se les reconocía el derecho de admitir y despedir soldados a voluntad.

de la guarda tudesca y a los tenientes de la de archeros y la española, se decidió que las guardas conservaran sus preeminencias en este asunto. Pedro de Aragón, sorprendentemente, justificó la actitud de su guarda y dijo que era costumbre que se vendiera vino, hubiera casa de aposento y se jugara en esas casas, ya que el sueldo del carcelero, que además debía pagar a un grillerero, era muy escaso.

¹⁰⁸ Así sucedió en 1659 cuando se detuvo a varios de ellos por hacer resistencia a un teniente de la villa de Madrid y se les condenó a galeras (*Ibidem*). Reclamaron que les correspondía la jurisdicción del Bureo y del capitán, lo que se les concedió.

¹⁰⁹ Un ejemplo lo encontramos en los conflictos que se ocasionaban durante las carestías de pan y de las que se hacía eco el propio monarca (*Ibidem*, caja 181, carpeta de 1630):

“Porque las amonestaciones que se han hecho a los soldados de mis guardas por haber hecho algunos excesos con ocasión de la falta del pan por tomarle, estoy informado que no han bastado para dexar de cometerlos. 7 de mayo de 1630”.

¹¹⁰ Sobre este asunto, A. ESTEBAN ESTRÍNGANA: “¿El ejército en Palacio? La jurisdicción de la guardia flamenco-borgoñona de Corps entre los siglos XVI y XVII” en A. JIMÉNEZ ESTRELLA y F. ANDÚJAR CASTILLO (eds.): *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (s. XVI-XVIII)*, Granada 2007, pp. 191-230.

¹¹¹ Apelación que, en el caso de la guardia alemana, el rey incluso podía decidir encomendar de forma extraordinaria a “persona militar”, según contemplaban las *Constituciones de la compañía de tudescos*:

“Pueden [el capitán y el teniente en su ausencia] queriendo pedir que el asesor del Bureo conozca de las causas de sus soldados, si no quisiere conocer el capitán, y

Pese a esta claridad jurisdiccional, los casos en que la justicia tuvo que intervenir para castigar a miembros de la guarda fueron muy numerosos, especialmente durante los cuatro años de gobierno del marqués de Malpica, que se prolongaron desde su juramento en Aranjuez el 6 de mayo de 1642 hasta el segundo tercio de 1646 en que retornó el capitán titular don Pedro Antonio de Aragón tras su cautiverio en Francia después de ser detenido en el socorro de Perpiñán; años que, sin duda, pueden ser considerados como la culminación del deterioro de la guarda tudésca, que ya no volvería a levantar cabeza.

El mayordomo, sabedor de la temporalidad de su nombramiento, aprovechó el tiempo para favorecer a sus “hechuras” e incluso sacar dinero de la venta de plazas a “extranjeros” que, ni por asomo, reunían las condiciones necesarias para ser guardas, pese a que el propio monarca le había indicado en su juramento que no permitiera la entrada de no tudescos y de oficiales manuales en el cuerpo. Sin embargo, el marqués hizo caso omiso de esas indicaciones y, junto a esta estrategia, adoptó otra aún más nefasta como proveer una serie de plazas supernumerarias sin servicio y sin gajes.

Ya existían con anterioridad los supernumerarios con gajes, en concreto desde que en agosto de 1623 fuera recibido Matheus Mezler como el primero de ellos, que comportaban el salario correspondiente a una plaza noble pero sin necesidad de servir ¹¹². No le duró a este alabardero demasiado tiempo su nueva condición, pues falleció a finales del mes siguiente, pero la nueva categoría se fue consolidando durante los años venideros con el nombramiento del ebanista Gaspar Camp ¹¹³ el 9 de julio de 1624 y el de Elías Somer, sargento del cuerpo

si conociere no tendrán apelación que a la persona a quien lo quisiere remitir el Rey en segunda instancia, la qual remisión será al Bureo o persona militar”.

¹¹² F. VELASCO MEDINA en su artículo “La Corte: guardias reales en la época de los Austrias” en V. PINTO CRESPO (dir.): *El Madrid Militar...*, op. cit., p. 169, identifica, por error, la creación de estas plazas en el nombramiento de Elías Somer y Gaspar Camp tras consultar un memorial sito en AGP, Histórica, caja 181, carpeta 1630, fol. 3r-v. Sin embargo, si observamos los roolos del Reg. 5735 podemos ver que la primera plaza creada fue la de Mezler.

¹¹³ En su expediente personal en AGP, Histórica, caja 173 podemos observar las condiciones en que se tomaban dichas plazas:

“En nueve de julio de 1624 mandó el Duque del Infantado mayordomo mayor de su Majestad que a Gaspar Campo soldado de la guarda alemana se le asentase la plaza noble que tenía en ella por plaza noble reservada supernumeraria en lugar y en la

de guarda del príncipe Filiberto, durante el último tercio de 1626. Estas plazas eran provistas por el Bureo directamente pero, tras el fallecimiento de Camp en julio de 1630, el capitán Renty decidió que Baltasar Virz tomara su relevo. El Bureo, haciendo uso de su potestad, se la retiró al tercio siguiente sin resistencia alguna, debido, en gran medida, a la ausencia del capitán Renty del lado de la guarda. Por lo tanto, no sería hasta la capitania del conde de Sástago cuando dichas plazas pasaran a estar a plena disposición de los capitanes, tras nombrar el nuevo supernumerarios con gajes a dos criados suyos como Santiago de la Cruz, que tomó la plaza de Virz, y Juan Francisco Alemán, que relevó a Somer al ser este promocionado a cabo de escuadra. Aunque el Bureo tenía intención de consumirlas una vez fueran abandonadas por los criados del de Sástago, esto no se llevó a cabo y desde ese momento hasta el final de la vida de la unidad dichas plazas fueron un incentivo más para el capitán de turno ¹¹⁴, que dispondría de ellas para premiar a “hechuras” o criados suyos como fueron los casos ya reseñados o el de Diego de Herbiti, secretario del capitán don Pedro de Aragón y supernumerario desde el segundo tercio de 1641 hasta su muerte en mayo de 1648.

Junto a estas, Malpica introdujo las plazas de supernumerarios sin gajes –no constando por tanto en los roolos–, para concedérselas a personajes a los cuales les compensaba el nombramiento al obtener el fuero especial que tenían los guardas como miembros de la Casa Real y como soldados y que, a su vez, le reportaban algún beneficio al propio mayordomo ¹¹⁵. Por supuesto, los fines de

conformidad y con las mismas calidades que la tenía y gozaba Martín Mezler difunto a quien sucedió sin obligación de residencia, asistencia a servicio, reseña ni otra cosa, más de presentar fe de vida al tiempo de la paga”.

¹¹⁴ Como así consta en un memorial incluso en el expediente del capitán Pedro de Aragón (*Ibidem*):

“Juan Jorge Bitig furrier de la guarda alemana en cumplimiento del decreto del 28 de julio de los señores del bureo de su Majestad digo que es verdad que desde el tiempo del conde de Sástago hasta hoy, hay dos plazas en la guarda para criados del capitán y, en particular, la plaza que hoy tiene Francisco Sánchez sobre que es hoy la disputa en la Junta para aposentar esta plaza de uno que fue sargento del señor príncipe Filiberto y siempre se ha continuado en casa igual a sargento y así sabe que es verdad. En Madrid a 5 de agosto de 1654”.

¹¹⁵ Como el hispano Alonso Guerna, que consiguió el oficio por ser comprador y dispensero de los Függer, con los cuales tenía tratos Malpica.

estos supernumerarios al adquirir dicha condición no eran servir en el cuerpo sino aprovecharse de su nueva condición para evitar a la justicia de los alcaldes de Casa y Corte y llegaban a vestir con colores y librea diferente a los establecidos ¹¹⁶. Como es fácilmente deducible, en estas plazas también tuvieron cabida “extranjeros” ¹¹⁷.

Ante esta pérdida de lustre de la unidad, el teniente Lansgeneque advirtió que ningún monarca permitía dicha situación en sus cuerpos de guarda y que:

habiéndose visto los sucesos de Portugal y Cataluña no debe parecer sobrada ni fuera de propósito qualquiera prevención que mire a la mayor seguridad en lo que tanto importa, aun quando cesaran los escándalos y otros inconveniente que se siguen de semejantes provisiones por el licencioso modo de vivir destos hombres que solo aspiran a vivir exentos de las justicias ordinarias con que se turba el orden político que tanto importa conservar.

No eran para menos sus quejas, pues en 1644, únicamente dos años después de acceder al oficio, el gobernador había cubierto 64 plazas y ninguno de los nombrados era natural del Imperio ¹¹⁸. Si las cosas seguían así, “dentro de pocos meses no tendrá guarda alemana más que en la figura de las calças tudescas pues los soldados que han quedado desta nación son ya tan pocos”. Para evitarlo, Lansgeneque propuso que el conde de Isenburg buscara en Flandes personajes adecuados para ejercer el cargo, a los que se les socorrería con 200 o 300 reales a cuenta de su sueldo para que se mantuvieran en la corte durante un tiempo evitando así los rumores de falta de pago, pero la idea no se puso en práctica.

Afortunadamente, aún los cargos de la guarda, exceptuando los de capitán y gobernador en su ausencia, y las plazas nobles y reservadas se respetaban y estaban solo integradas por tudescos. Pese a ello, la situación era desesperada y

¹¹⁶ Entre los supernumerarios sin gajes encontramos a numerosos taberneros como Alonso de Olías, Francisco Sánchez, Miguel de Prado, Juan de Salcedo Trujillo, Gabriel Sacristán, Alonso Ramos, Tomé de Vivesa, Juan Rodríguez, Francisco de Castro y Jusepe de la Peña; confiteros como Juan Martínez Vázquez; tratantes de cabritos, pescado fresco, escabeche y aves como Juan de Rodillo; pasteleros como Diego Sánchez Guinea; tejedores de seda y mantos como Francisco de Yepes y gallineros de Su Majestad como Roque Moreno.

¹¹⁷ Como los franceses Juan Ruperto, que sirvió a la vez como bodegonero, o Francisco Guillén, que lo hizo como despensero.

¹¹⁸ El listado de dichos nombramientos, así como las opiniones del teniente, en el memorial que Lansgeneque envió al Bureo en 1644 indicado *supra*.

aunque el monarca reaccionó y solicitó de nuevo a su mayordomo que no siguiera por ese camino, este hizo caso omiso y en los tercios siguientes siguió admitiendo a no alemanes, como durante el primero de 1645 en que ingresaron Alonso López de la Puerta, Francisco de Dieça y Amaro González.

Definitivamente, las condiciones de servicio de los guardas y la propia condición del cuerpo había sufrido una merma considerable, como así se atestiguaría durante algunos de los servicios especiales que llevaron a cabo durante esos años como la custodia de María de Borbón, princesa de Carignano, y de la duquesa de Mantua en Carabanchel. Esta merma iría unida al hostigamiento de la jurisdicción ordinaria que, envalentonada tras una cédula promulgada el 7 de julio de 1643 que les permitía actuar contra los guardas ¹¹⁹, comenzó a perseguir incluso las actividades de estos que no habían sido prohibidas como la mercadería de seda, paños, joyerías o confiterías. Sin duda, ambas circunstancias provocaron numerosas defecciones en el servicio y el abandono de la guarda por parte tanto de tudescos como de “extranjeros”. La delicada situación en que se encontraba la Monarquía Hispánica durante aquellos años, con los descabros en los diversos frentes de batalla y las revueltas internas en varios de los Reinos, tampoco ayudaba en exceso a reconducir la situación.

El retorno de don Pedro Antonio de Aragón de su cautiverio en Francia, el 14 de febrero de 1646, parecía que podía arrojar algo de esperanza para la recuperación de la guarda y, al menos, durante los primeros años así pareció ser a raíz de las iniciativas que tomó. Así, nada más reincorporarse a su puesto decidió eliminar las plazas supernumerarias sin gajes, lo que provocó el enfado del marqués de Malpica ¹²⁰; defendió que era inadecuada la sentencia emitida por

¹¹⁹ Se encuentra en AHN, Consejos, Libro 1413, fol. 121r-v y en *Novísima Recopilación*, Libro III, Título XI, Ley I.

¹²⁰ Como así consta en una petición que el propio don Pedro Antonio de Aragón envió al Bureo (conservada en su expediente en AGP, Histórica, caja 173):

“Don Pedro de Aragón, capitán de la guarda alemana, dice que por ausencia suya estando prisionero en Francia, el Marqués de Malpica de orden de V. Majestad gobernó la guarda alemana y quando volvió don Pedro de la prisión borró cincuenta plazas supernumerarias de mangas que había puesto el marqués de lo qual quedó el dicho marqués con gran disgusto y así por esta razón como por ser su pariente y saber que desea volver al gobierno de la guarda suplica a V. Majestad mande no se halle en votar materia ninguna así de gracia como de justicia tocante al dicho don Pedro y gobierno de la guarda”.

la justicia ordinaria contra el guarda Fabricio Bernardo López, 8 años en gale-ras por resistencia a un corregidor, lo que provocó un pequeño motín de su uni-dad controlado por él ¹²¹; y decidió que se debía “germanizar” de nuevo la guarda. La ocasión perfecta se le planteó en la Jornada que se realizó al Impe-rio para recoger a la hija del emperador Mariana de Austria, que debía contraer matrimonio con Felipe IV.

El capitán comisionó al cabo de escuadra Hans Cremers y a los alabarderos Georg Steffan y Nicolás Bett para que se pusieran al mando del duque de Ma-queda, con el fin de encontrar a 24 “alemanes altos” que pudieran servir en la guarda y relevaran a los soldados que no cumplían las condiciones adecuadas ¹²². Una vez que no se encontraron en el Imperio, y cuando se producía su retorno hacia la península, el de Maqueda ordenó a don Rodrigo de Tapia y Alarcón, an-tiguo teniente de la guarda española, que los reclutara en Milán. Este se puso en contacto con el duque de Terranova que, a cambio de 500 ducados, quedó en buscarlos y enviárselos a Trento donde reposaba la comitiva. Una vez se encon-traron los 24 candidatos en Milán se les ofreció el puesto y para evitar sus reti-cencias con respecto al salario, gajes y ración de 5 reales diarios, se decidió que les correrían desde el 24 de abril de 1649, día en que juraron, hasta que finali-zase la Jornada más casa de aposento en Madrid. Tras algunos tiras y aflojas, los soldados aceptaron el puesto y se trasladaron con el resto de la comitiva a la corte.

Ya en su destino final, los 24 soldados comenzaron a servir en la guarda del rey en noviembre de dicho año ¹²³, reemplazando a 24 “extranjeros” ¹²⁴ y tomando

¹²¹ La descripción de dicho motín en O. CAPOROSSE: *Les justices royales et la criminalité madrilène sous le règne de Philippe IV, 1621-1665: unité et multiplicité de la juridiction royale à la cour d Espagne*, Tesis doctoral presentada en la Université de Toulouse 2002, I, pp. 185-187.

¹²² La información sobre dicho viaje, que desgranamos a continuación, en AGP, Histórica, caja 175.

¹²³ En concreto, los 24 alemanes que entraron a servir fueron Miguel Saulgar, Mathias Hoffinguer, Juan Ángel, Mathias Aughentaler, Bartolomé Quepler, Juan Jacob Rossinle, Juan Kerkhof, Hans Schreiber, Wolf Sentler, Gaspar Bruner, Wolf Solinguer, Juan Ussel, Juan Daux, Feyt Rauss, Ignacio Rassler, Jacobb Methauer, Juan Steffan, Juan Wolf, Lucas Lintener, Jacob Remelt, Juan Schmit, Jorge Villiser, Cornelio Huber y Amandus Esquer (*Ibidem*, Reg. 5735).

¹²⁴ Por su parte, fueron despedidos para dar cabida a los recién llegados los últimos en entrar a servir en la guarda; en concreto Diego de Aranda, Pedro Xuárez, Lucas Díaz de

sus casas de aposento ¹²⁵. Sin embargo, la realidad no era tan bonita como se les había expuesto en Trento y a los pocos meses de llegar ya se quejaron de la falta de gajes, lo cual les impedía vivir en una ciudad como Madrid ¹²⁶, y el 4 de octubre de 1650 pidieron licencia para retornar a su tierra, pues no se habían cumplido las promesas que se les habían hecho, o que se diera orden al presidente de Hacienda para que se les pagara lo debido. Aunque las quejas eran comunes a todos los guardas, ellos no sabían el idioma, tenían dificultades para buscarse la vida y no podían realizar otras actividades que llevaban a cabo sus colegas, como la venta de vino o regentar posadas o casas de juego. Debido a estos imponderables, en 1652 ya solo continuaban sirviendo 13 de los 24 soldados que habían llegado a Madrid en 1649 y sin cobrar lo que se les debía ¹²⁷.

Arcaya, Juan de Jaques, Pedro García Montañés, Pedro García, Juan de Lirio, Francisco de Canales, Juan Carlos Vela, Jerónimo de Arteaga “el mozo”, Juan Roberto, Domingo Pellicer, Francisco Urban, Miguel Climente, Simón Cordero, Juan de Alburquerque, Pablo Verges, Alonso López, Bartolomé de Murcia, Justo García Morán, Antonio de Cervantes, Antonio de la Espada y Pedro Aguilar “el mozo”.

¹²⁵ En AGP, Histórica, caja 175 viene el listado de los guardas españoles a los que se quitó la casa de aposento para dársela a los recién llegados.

¹²⁶ *Ibidem*:

“Los 24 soldados alemanes que V. Majestad, dios le guarde, ha mandado venir para su guarda alemana dicen que al mes de abril pasado fueron recibidos al servicio de V. Majestad con palabra que en su real nombre les dio don Rodrigo de Tapia se les pagaría su ración de 5 reales al día durante la Jornada y llegados a esta Corte su sueldo puntualmente y se les daría las demás comodidad con que pudiesen vivir en el Real servicio de su Majestad. Habiéndose visto con esta esperanza y promesa alejado de su patria, viviendo, sirviendo a la Reina su Señora. Y habiendo llegado a Madrid a 5 de octubre y acudido a los cabos mayores de la guarda alemana para que les asistan en orden a que consigan lo que se les ha prometido de sueldo y las casas de aposento, como también lo que se les debe de atrasado de raciones que son 72 reales de plata a cada uno no solo no han alcanzado nada pero a su costa ha sido vivir hasta ahora en casa de posadas, gastando lo poco que tenían ahorrado para socorrerse en alguna enfermedad, habiendo ya consumido todo sin tener con que sustentarse de aquí en adelante”.

¹²⁷ Como así consta en el expediente de Juan Nagel (*Ibidem*, caja 174):

“Los trece soldados de la guarda alemana de su Majestad que hasta hoy día han quedado en la dicha guarda de los veinte y quatro que han venido sirviendo en la Jornada de la Reyna nuestra señora dicen que su Majestad fue servido de mandar se

Por su parte, los soldados “extranjeros” que habían sido retirados del servicio para dar cabida a los nuevos guardas protestaron contra la medida y fueron escuchados. Se decidió que pasaran a engrosar el listado de supernumerarios sin gajes, precediendo a los 12 que aún quedaban de la “purga” que había llevado a cabo el capitán Aragón tras su retorno de Francia¹²⁸. De esta manera, y pese a su primigenia intención, el capitán no pudo acabar con la categoría de supernumerarios que había introducido Malpica en la guarda e, incluso, se les comenzó a dar librea¹²⁹. Además, se decidió que estos supernumerarios debían ir

les pague lo que se está debiéndoles de sus gajes de ocho meses hasta fin del mes de agosto pasado deste año de 1652. A Vuestra Excelencia humildemente suplicamos sea servido de mandar al greffier del Real Bureo les de certificación de lo que se les está debiendo de los dichos ocho meses de sus gajes para que puedan solicitar la dicha paga en que recibirán merced y mucho bien de su excelencia”.

Ya habían abandonado el servicio Miguel Saulgar, Mathias Hoffinguer, Mathias Augenthaler, Bartolomé Quepler, Wolf Sentler, Wolf Solinguer, Juan Daux, Ignacio Rassler, Jacob Remelt, Juan Schmit y Jorge Villiser.

¹²⁸ “Don Fernando de Contreras me ha dicho de orden de V. Majestad que viésemos la forma en que se podrían acomodar los soldados españoles cuyas plaças se han borrado de la compañía de la guarda alemana para darlas a los que han venido de aquella nación con la reina nuestra señora, siendo conveniente que se tenga con los otros alguna consideración por lo que han servido y se les quita y no se nos ha ofrecido medio menos oneroso que el de recibirle por supernumerarios con precedencia a los otros doce que ya había y V. Majestad mandó continuar en la misma compañía, supuesto que no tenían adquirido en ella el derecho que los que eran del número y gozaban gajes y casa de aposento, de que ahora quedan privados y para que este exceso de supernumerarios venga a cesar, convendrá que V. Majestad ordene que con la misma precedencia vayan entrando en las plaças que fueren vacando del número, en caso que no halla alemanes que las ocupen (porque a estos toca derechamente) y que se consuman las que quedaren vacas de supernumerarios, sin que en ellas se pueda recibir ningún otro, menos en las doce plazas que V. Majestad permite que aya sobre los 100 del número” (*Ibidem*, caja 181, carpeta de 1649).

¹²⁹ En el mismo memorial de la nota anterior:

“También los oficiales de la compañía han representado que pues V. Majestad ha mandado dar a la guarda española dieciocho vestidos de librea para los soldados supernumerarios que hay en ella, es razón que se haga lo mismo con los doce de la alemana en que parece que V. Majestad se podría conformar por el mismo motivo que ha tenido para mandarlos dar a los españoles, que fue suponer que de los recaudos que se traxeron de Gerona para la librea general sobrarían muchos, que se consumirían

ocupando las plazas titulares que fueran quedando vacantes, con precedencia sobre otros aspirantes “extranjeros” si no había alemanes para ellas. Como ya vimos, muchos de los nuevos guardas venidos del Imperio fueron dejando el puesto casi inmediatamente, por lo que los soldados retirados no lo fueron por mucho tiempo. Así, Diego de Aranda reingresó en el servicio en junio de 1650, apenas 8 meses después de ser apartado, y tras él todos sus compañeros ¹³⁰, por lo que la privación de sus plazas había sido temporal y los males que el capitán había querido extirpar continuaban latentes. Apenas había candidatos tudescos para ingresar en la guarda y se continuó admitiendo a “extranjeros” de baja condición, siendo este el último intento por “germanizar” de nuevo la unidad.

LA DESAPARICIÓN DEL CUERPO

Así como el reinado de Felipe IV se caracterizó por el enorme deterioro de la guarda tudesca, pero también por la búsqueda de posibles soluciones, el de Carlos II lo hizo por una dejadez total con respecto a la unidad, que siguió su decadencia de forma inexorable, llegándose a quitar el sueldo a los reservados en 1693 ¹³¹. En ningún momento se intentó llevar a cabo reforma alguna para que

inútilmente, sino se empleasen y así se podrían dar también para los doce alemanes si hubiese para todo y quando no, a los que alcançasen precediendo por su antigüedad los que se han despedido, si V. Majestad se sirve de que queden por supernumerarios”.

Respuesta: “Hágase como parece”.

¹³⁰ AGP, Histórica, Reg. 5735.

¹³¹ “Los catorce soldados nobles reservados de la Real Guarda Alemana de V. Majestad puestos a sus reales pies. Dicen que el emperador Carlos V instituyó estas plazas para ascenso y premio del soldado que hubiese servido a los señores reyes descendientes suyos y progenitores gloriosos de V. Majestad las han mantenido sin haver hecho novedad alguna, por ser para tan justo fin; y los que oy las poseen es después de haver servido muchos años en la Real guarda y algunos de ellos en exércitos de V. Majestad hallándose cinco impedidos y los demás viejos imposibilitados de continuar el Real servicio de V. Majestad. Y habiendo su capitán el marqués de Montealegre dado orden en virtud de la de V. Majestad para que les cesen los gajes recurren a la piadosa conmiseración de V. Majestad. Suplicándole rendidamente se sirva mandar no se haga novedad en estas plazas, sino que corran en la misma forma que hasta aquí, pues además de ser el único asiento que tienen en este empleo, es de sumo

la unidad recuperara alguna de sus antiguas funciones o para que se adecuara al modelo de guarda que se había puesto de moda en el resto de cortes europeas imitando a las *Gardes françaises, suisses y écossaises* francesas, que eran poderosas unidades de élite que el monarca podía utilizar en el campo de batalla. Debido a ello, su final estaba marcado y no era más que cuestión de tiempo que este llegara, presentándose la ocasión perfecta con la llegada de los Borbones a la corona hispana.

En un principio, la guarda continuó desarrollando sus labores cotidianas y 15 alabarderos tudescos acompañaron a Felipe V durante su Jornada a Italia, percibiendo incluso dos reales diarios de sobresueldo en atención a su buen servicio ¹³². Sin embargo, el nuevo monarca tenía en mente que las guardas debían ser una de las primeras secciones de la Casa en ser reformadas para poder aplicar su proyecto de gobierno y, dentro de las unidades que componían la misma, estaba claro que la primera debía ser la tudesca debido a su estrecha relación con la dinastía Habsburgo y con el Imperio. Asimismo, esta unidad podía ser desmantelada con mayor celeridad, pues había numerosas plazas vacantes y su deterioro era evidente.

De este modo, Felipe V firmó el 17 de octubre de 1702 en Milán el decreto de extinción ¹³³, mediante el cual se suprimía el cuerpo y se ordenaba a los soldados procedentes de los diversos reinos hispanos que estaban presentes en el mismo que se incorporaran a la guarda española, perdiendo su plaza los pocos alemanes que aún quedaban en el cuerpo. En virtud de ello, muchos de los hispanos de la unidad continuaron su servicio en la española, y posteriormente en el futuro cuerpo de alabarderos que se instituyó en 1707, aunque algunos, como Antonio González, prefirieron pasar a servir a la reina viuda en Toledo en 1703.

El decreto de extinción del cuerpo concedía al capitán, el conde de Alba de Aliste, y al teniente, don Francisco Antonio de Ethenard, que conservaran sus

desconsuelo verse obligados a pedir limosna después de haver empleado toda su vida en el Real Servicio de V. Majestad de quien esperan esta merced. 30 de julio de 1693” (*Ibidem*, Reinados, Carlos II, caja 136, expediente de 1693).

¹³² AGP, Histórica, caja 181.

¹³³ En *Ibidem*, caja 175, expediente de 1702, se conserva el decreto expedido el 4 de noviembre del mismo año por el marqués de Villafranca en Madrid para que se cumpliera la orden de Felipe V.

gajes y casas de aposento de por vida en virtud de sus servicios. Al año siguiente esta merced se extendió al resto de cuadros de la unidad, que eran los alféreces Juan Beltrán, jubilado, y Manuel de Soto, el sargento Pedro Prieto, el secretario don Miguel Zid, el capellán don Esteban Antonio de Ugarte, el furrier Martín de Ugalde, que no lo disfrutó mucho tiempo pues falleció en mayo, y los cabos de escuadra Nicolás Valerio, Bartolomé Pacheco, Antonio Montero, Pedro Fernández Godoy, Juan Andrés de Torres, Gregorio Álvarez, Jacinto Chantre, Sebastián de Cuenca, Manuel Sánchez Naranjo, Juan de Oñate, Alonso Peñalosa, que falleció en enero, y Alonso Rico, que lo hizo en septiembre ¹³⁴. Por último, la merced se ampliaría el 7 de enero de 1707 a otros 16 alabarderos activos que llevaban muchos años sirviendo ¹³⁵, caso de Bernardo Muñoz, Pedro de Arriba o Juan López Abuín, junto a otro pequeño contingente que había pertenecido a la guarda española.

De este modo, se ponía fin al decurso vital de la guarda tudesca con gran celeridad y con más pena que gloria, tal y como había resultado ser el último siglo de vida del cuerpo.

¹³⁴ AGP, Histórica, Reg. 5736.

¹³⁵ *Ibidem*, Reg. 5741.